

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — Tomo VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 139.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

El general Simpson; grabado. — El Suspiro del Moro y los Dientes de la Vieja. — Revista de Paris. — Hombres ilustres de la América española. — Los funerales de lord Raglan; grabado. — Industria de la seda en Argelia; grabados. — Misterios. — Virtudes sociales. — Exposicion Universal de la Industria; grabados. — El secreto de la Bianetti. — El monte de Saou; grabados. — Eivira y Luisa. — Revista de la moda. — Restauracion del reloj del Palacio de Justicia en Paris; grabados.

El 30 de junio último envió de Crimea el teniente general James Simpson, el siguiente despacho:

« Milor:

« Con el mas profundo sentimiento anuncio á vuestra señoría la muerte del feld-mariscal lord Raglan. Este desgraciado acontecimiento tuvo lugar ayer juéves 28 de este mes un poco antes de las nueve de la noche. S. S. espiró sin padecimientos en medio de los oficiales que componen su estado mayor personal. — Añado que siendo el decano de los oficiales presentes he tomado el mando de este ejército, hasta que lleguen instrucciones de Inglaterra. — Recibid, etc. — Firmado: JAMES SIMPSON, teniente



El general Simpson, comandante del ejército inglés delante de Sebastopol.

general comandante.»

Por una singular coincidencia, en el momento mismo en que el jefe del gabinete inglés declaraba en la Cámara de los Comunes que era inexacto que lord Raglan se hallase peligrosamente enfermo, es decir, el 28 de junio á las nueve de la noche, el comandante en jefe del ejército británico exhalaba el último suspiro. Lord Raglan ha muerto de resultados de la epidemia que ha hecho ya en los ejércitos aliados tantas nobles víctimas, y que últimamente ha robado al ejército sardo el general Alfonso La Marmora, como ántes habia atacado al mariscal de Saint-Arnaud. El fallecimiento de lord Raglan ha producido una dolorosa sensacion en la Crimea, y ha excitado un vivo dolor en Inglaterra, donde disfrutaba una gran reputacion militar.

Como anunciaba en su despacho citado arriba, ocurrida la muerte del feld-mariscal, el mayor general Simpson, jefe del estado mayor inglés, tomó el mando del ejército, el que despues le ha sido confirmado. Ahora bien, si es cierto que existia entre el comandante en jefe del ejército francés y el comandante en jefe del ejér-

cito inglés un deplorable desacuerdo, como se decía, ese fallecimiento inesperado acaba de poner fin á ese disenterio.

El general Simpson tiene, como lord Raglan, una larga hoja de servicios, y goza de una gran reputación militar. Durante la guerra de España, se halló en el ataque de Cádiz y en la defensa de Sevilla. En 1815, quedó herido; fué segundo de sir C. Napier en el Scindo en 1845, y su mejor oficial. Lord Ellenborough, entonces gobernador general de la India, tenía de él la más alta opinión, y contaba con su persona para reemplazar á sir C. Napier en caso de accidente.

La alta posición que ha ocupado despues de su misión en la Crimea, le ha puesto en constantes relaciones con el comandante francés, con quien debemos prometernos se mantendrá en el mejor acuerdo.

### Metamorfosis castellanas.

#### FÁBULA III.

##### EL SUSPIRO DEL MORO Y LOS DIENTES DE LA VIEJA.

Alejábame de la risueña Granada no ha muchos años, camino de la costa y por los ásperos que guían á la ciudad de Almuñecar, en un brioso caballo poco dispuesto á obedecerme; pero sin mas guía que los instintos del animal para el que era conocido sobradamente el derrotero. Mediaba sus días agosto, lo cerrado de la noche nuncio era de no muy remota nube, fatigábanse los miembros por el calor y el eco de las campanas de la catedral traído por el viento de tierra repetía las doce cuando acerté á doblar el recuesto apellidado el Suspiro del Moro. Los escasos fuegos de la corte árabe apenas semejaban una moribunda niebla y por los picachos algunas hogueras encendidas ó reciniosas teas, las majadas de pastores señalaban ó los altos de arrieros que dirigian sus pasos á la capital con pescado fresco y tempranas frutas. Lo oscuro y tenebroso de la noche, el rutilante brillo de las llamaradas, el humo que huyendo por las chimeneas y caracoleando perdíase en la celeste concavidad como ánima que se despide de lo terreno para mas dichoso y sosegado albergue, la memoria de los hazñosos hechos de tanto caballero como allí algun tiempo respirara, conturbaron mi ánimo, pararon mis pensamientos, dejé caer ambas manos sobre el caparazon de la silla, bajé la cabeza hasta tocar con ellas, y detuvo sus pasos el alazan no advertido por el acicate, ni refrenado por la rienda: repasaba en la mente el famoso rendimiento, el dolor de la morisca raza, los amores é infortunios de que fueron testigos los jardines del Generalif, y en estas reflexiones, encontréme á pié y sin saber como en el interior de una gruta cual nunca imaginó humana fantasía. Al rojizo resplandor de los ardidos troncos que en medio formaban una grande hoguera, pude contemplar las ágatas y piedras de vario color y de grotesca y caprichosa figura que la abovedaban: de las puntas de los muchos cristales que ya transparentes, ya opacos pendían del techo, caían menudas gotas de rocío y quedando un rato suspendidas en el aire, puros brillantes eran á los reflejos de la llama; inmóviles habia grifos, lagartos y reptiles de mil formas y de duro mármol en las paredes, con vista aunque parada amenazadora y terrible: absorto bajé la cabeza y quedéme aun mas admirado con la presencia de una persona de mediana edad que con ambas palmas asombraba el rostro y lo defendía de la lumbre á que estaba sentado sobre unos haces de romero: tenía un traje de arabesca usanza, con alcazar blanco pendiente del rojo turbante, un ancho albornoz de riquísima tela de brocado con grandes corchetes de plata de primorosa atangia cerrado por delante, luenga barba en extremada punta, color enfermiza y los encarnados párpados continuamente humedecidos por el llanto, descubrian unos ojos de apagado brillo y de dulce mirar. Hízome señas que me sentara enfrente en una rústica piedra y enderezó su plática de esta manera: bien habrás oído, caminante, que en estos contornos suspiró el infortunado Boabdil por la pérdida de esa rica joya que no léjos duerme silenciosa, amargando con su olvido mi triste desventura, tambien quizá á tí habrá llegado el eco de las maravillas que la hicieron mas terrible alargándola por una eternidad: escúchalas de mis labios que el dolor tiene por su amigo al llanto y las palabras por consuelo. Mi madre no poco causadora de mi daño, echóme en cara la afrenta en este sitio delante de mi mermado séquito; lloraba Moraima, lloraba Muley-Hacen, y solo Aija, solo ella, rió la pérdida de mi corona y la mengua de mi gloria: pasados algunos años, imaginando sin duda, que aun podia dar espanto desde la vecina Alpujarra, obligósenos á dejar para siempre nuestra cara tierra, y volvimos á este sitio á dar el último adios al hogar de mis abuelos: consumía la tristeza á la bella mora compañera de mi desgracia, y ocasionaba su quebranto mas que otra cosa alguna verse privada del sepulcro, que mis antecesores, en la cercana montaña labraron para las princesas infelices, en donde con un blanquísimo lienzo ocultaban el cuerpo y á muy luego en apiñada nieve era convertido: allí volvió á reír la cruel Aija, hincháronse los ojos de Moraima; pero no pudo romper en llanto, y dió consigo en el suelo acometida de una mortal congoja. Aparecióse mi padre, al ruido de los truenos y al fragor de los relámpagos, de la tormenta que reventaba entonces con mágico aparato, y reco-

giendo en sus brazos á Moraima, llevóse la mano á la cabeza, destocóla y cubriendo con el cándido lino aquel cuerpo sin vida, llevólo á la vecina sierra donde con los de sus compañeras en la enemiga suerte yace transformada en nieve: Muley-Hacen le sirve de custodia y su agigantada estatura, su luenga y blanca barba, y su traje mas blanco aun semejante á una montaña altísima, imponen veneración y respeto á los sencillos habitantes del cercano valle, porque no posa águila ni otra ave altanera en su desnuda cabeza, y cuando extiende sus brazos ciérnese sobre la vega en menudos copos de nieve que fertilizan los campos y quitan á Granada en el aniversario de la toma su tinta oriental, vistiéndole el ropaje de las heladas cumbres del Setentrion: sobrecogida mi madre abrió los labios con manifiesto espanto y saltaron sus dientes por la llanura, volviéndose en enormes y peladas piedras; sus miembros todos y sus finas ropas impulsados por huracán violento, quebrantados y rotos esparciéronse por todas partes y son los jarales, retamas y maleza y los solitarios pinos que coronan las cimas de la ruta que traes, y así como las estériles peñas que por el opuesto lado y camino de Almería, testifican otro castigo semejante, consérvase la tradición con el mismo nombre de dientes de la Vieja: en Africa lamenté largos años mi mala suerte, hasta que en una batalla contra los jerifes fui arrebatado y traído aquí por el genio de mi familia, donde encantado yazo en pesar sin fin al rededor de mis deudos, y va mi cuita á las vecinas aldeas y hasta á la misma Granada envuelta en los soplos del vendabal. Calló en diciendo estas palabras Boabdil, levantóse y alargándome la mano, me llevó á la puerta y se despidió de mí con una profunda reverencia. Vi á la entrada mi caballo tranquilamente descabezando las escasas yerbas de la campiña, subí en él y noté entonces que vagaban multitud de espectros, con blancos sudarios, descendiendo de Sierra Nevada, oíanse fúnebres alaridos y la tierra era por muchas partes un inmenso charco de sangre: piqué la cabalgadura, abrí los ojos y comenzaba á amanecer. Los esquilonos de Velez de Benandalla eran reclamo de los fieles, ladraban desesperadamente los mastines atados en los corrales y estaba yo vadeando con el agua hasta la cincha del animal el rio Guadalfeo.

F. DE PAULA SEJAS.

### Revista de Paris.

Nos quejábamos de vicio. Hasta hoy no se habian visto extranjeros en Paris, hoy la inundacion es completa y palpable, se halla confesada por todos y bien reconocida. ¡Ay del que se aventura en un sitio público, sea teatro, fonda, café ó paseo! la muchedumbre exótica le oprime y le ahoga si no anda muy listo. Paris es hoy aquella Babel soberbia donde se hablaron todos los idiomas, sin que nos atrevamos á decir que domina el francés en esta algarabía. Los tenderos que conocen la insuficiencia de su lengua materna en circunstancias tan extraordinarias, escriben en el sitio mas aparente de sus muestras: *Aquí se habla inglés, español, alemán, italiano, etc., etc.*, en frases separadas y cada una de ellas en su idioma respectivo; la especulación parisiense se ha hecho poliglota, al ménos de intencion, pues en realidad seria aventurado asegurar que entiende otra lengua que la suya propia.

Las fiestas del 15 de agosto, aunque reducidas á su última expresion, nos trajeron abundantes refuerzos de curiosos de todos los departamentos de la Francia y de muchos países extranjeros, pero la llegada á Paris de la reina Victoria, según la afluencia que hoy vemos en la capital, ha debido dejar medio despobladas algunas ciudades del universo. Y desde luego la famosa Albion, en otro tiempo la páfida, se ha de encontrar á la hora en que escribimos sumergida en la soledad y en el silencio. Jamás como en el día se puede decir que la alianza es cosa muy seria.

Así la manifestacion de los ingleses á la entrada de su graciosa reina ha descollado aun en medio de la general curiosidad que este grande acontecimiento despertó en todas las clases de la poblacion parisiense. Millares de súbditos de su majestad británica la habian precedido en su viaje y la recibieron alborozados con *hurras* frenéticos. Los establecimientos ingleses de Paris se adornaron aquel día espléndidamente, y sabe Dios las libras esterlinas que los habitantes de los boulevards que prestaron complacientes sus balcones hallaron despues como olvidadas sobre las chimeneas.

Por lo demás, la entrada de la reina Victoria fué ostentosa. Sin entrar aquí en largos detalles que vendrán á su debido tiempo cuando las láminas acompañen las descripciones, cúmploenos señalar ciertas circunstancias especiales del acontecimiento capital de la semana. Los preparativos de la fiesta, todos espontáneos, habian principiado dos días ántes. El camino que debía recorrer la augusta comitiva se hallaba transformado como por encanto, y nada podria dar una idea de la admirable perspectiva que ofrecian los boulevards en toda su longitud y los Campos-Eliseos, ese paseo único en el mundo. De todo se habia sacado el mejor partido; las casas en construccion se hallaban convertidas en anfiteatros colgados de seda y terciopelo, y las tiendas habian reemplazado sus muestras ordinarias con graderías cubiertas cuyos asientos se pagaban á precios exorbitantes. En pocas casas del tránsito se notaba la ausencia de una bandera, de un trofeo, de un ornato adecuado á la circunstancia; el gran teatro de la Opera habia levantado un

arco de triunfo colosal en el boulevard de los Italianos, y la Opera-Cómica tenía en frente una elegante columna con un globo y un águila dorados. En toda la línea se veía una sucesion perpetua de banderas, estandartes, escudos de armas y cifras entrelazadas. Pero sobre todo lo que adornaba de un modo particular, esa larga via del boulevard de Strasburgo á Saint-Cloud, era una muchedumbre compacta que obstruía la circulacion en toda ella; ¡14 kilómetros de guardia nacional, de tropa y de gente!

Por desgracia la reina entró al anochecer, y solo aquellos que estaban junto al embarcadero tuvieron el placer de verla. El Emperador que habia ido á Boulogne á recibir la familia real de Inglaterra, acompañaba á la Reina y á la princesa real con el príncipe Alberto en la primera carretela. En el segundo carruaje se hallaban el príncipe de Gales y el príncipe Napoleón con el conde de Clarendon, y las personas de la comitiva de la Reina y del Emperador venian en otros cinco coches. La Emperatriz recibió en las escaleras del palacio de Saint-Cloud á sus augustos huéspedes. La semana siguiente debe pasarse entera en paseos, visitas y fiestas. Representaciones de gran aparato en los teatros de ópera, visitas á la Exposicion Universal de Industria y Bellas-Artes, fiestas en Versalles y en Paris, representaciones y banquetes en la corte, tal es el programa de esta semana venturosa que la Reina de la Gran Bretaña debe pasar en el suelo extranjero.

No hay para que decir que el mismo afán, el mismo entusiasmo del público en el día de su llegada, se manifestará tambien cuantas veces salga la Reina del palacio; los billetes para las representaciones oficiales se venden á precios fabulosos, y la compañía del palacio de la Exposicion no permite la entrada el día de la visita régia sino á los portadores de billetes de temporada que cuestan hoy 25 francos. Todo esto no es extraño, y en vista del gran suceso se comprende bien; lo que sorprende y no puede explicarse, es como Paris puede encerrar dentro de sus muros la inmensa cantidad de poblacion forastera que hoy recorre sus calles y paseos. Cuéntase que un ex-miembro del Parlamento británico no habiendo podido hallar donde albergarse, ha tenido la idea particular de alquilar un ómnibus en el cual ha hecho una alcoba y un despacho para hacerle habitable. Sin embargo, la ocurrencia no es nueva; ya hace años uno de sus compatriotas arregló otro de esos vehiculos en forma de casa, compró un terreno fuera del Arco de Triunfo, y le estableció allí á guisa de palacio de campo. — Otro insular ha mandado traer de Dartmouth su yacht de hélice, y vive dentro de él en el Sena con su respetable familia.

De estas tendrémnos muchas; todo Lóndres está en Paris, y por consiguiente debemos prometernos cosas estrambóticas. Sin embargo, justo es decir tambien que nos procuran algunas admiraciones. Hace quince días, verbigracia, estamos viendo en Paris una gran señora de una belleza incomparable; casi siempre vestida de negro y acompañada de un caballero anciano, su marido, centraliza mas los anteojos en el teatro que todas las bailarinas. ¡Qué hermosura! blanca como una azucena, con un perfil, una garganta y unos hombros dignos del cincel griego. Muy á menudo este matrimonio británico se muestra en compañía de un escritor francés de los mas famosos. Dias pasados visitaron juntos los tres la Exposicion de Bellas-Artes. La gente, como siempre, miraba y admiraba, pero habia en esta contemplacion una mezcla de curiosidad y de sorpresa; era que nuestra hermosa dama llevaba prendida su manteleta de encaje blanco con un broche de una sola piedra, un brillante como una avellana. Tal era el objeto que llevaba á su colmo el asombro del público; la muchedumbre deslumbrada se olvidaba quizá un poco de la mujer por las rutilaciones tornasoladas que daban los rayos del día á la piedra sorprendente. Conocida, pues, la causa de aquella sensacion, la dama se quita el broche y suplica graciosamente al escritor que se hallaba mas cerca de ella que el marido en aquel instante, tenga á bien metérsele en el bolsillo. Hecho así en efecto, se continuó el exámen de los cuadros.

Pero llega el momento de la separacion, y se separan sin pensar en nada; cada cual vuelve á su domicilio tranquilamente. Pasa un día y luego otro y otros varios... El marido convida á comer al escritor; este se presenta como si nada hubiera sucedido; se come, se llega á los postres, y sin duda la casualidad hace que en la conversacion se hable de diamantes.

— Y ahora que me acuerdo, dijo el marido de la dama dirigiéndose al escritor, ¿qué han dicho en su casa de Vd. del diamante de mi señora?

El hombre muda tres colores en tres medios segundos; alternativamente se pone blanco, verde y encarnado... todos creen que va á desmayarse; pero apenas se repone un poco del susto que le causara aquella interrogacion tardía y hecha con tanta delicadeza por el dueño del tesoro, se levanta, sale como un rayo á la calle, se mete en el primer carruaje que encuentra, ordena un galope desesperado, y llega á su casa sin aliento, como si él hubiese corrido en vez del caballo, sube los escalones de cuatro en cuatro, y abierta la puerta no puede pronunciar mas que una palabra cayendo en un sillón:

— ¡Mi chaleco, venga mi chaleco al instante!

— ¿Qué chaleco? dice la criada sorprendida.

— El que llevaba el viérnes... ¿no te acuerdas?... un chaleco de piqué blanco.

— Le tiene la lavandera.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿será cierto?

— Seguramente, y sino puede Vd. verlo.

Y el infeliz corre á un armario oscuro cerca de su alcoba donde tenía costumbre de arrojar su ropa; le abre convulsivamente, y ¡oh placer! el primer objeto que ve en el suelo herido por la luz que le hacia resplandecer es el brillante caído del bolsillo del chaleco, y que solo por un mi-

lagro no estaba perdido en el fondo del Sena, ó no se hallaba en manos mas profundas que el agua.

— ¡Qué miedo he pasado! dijo el escritor volviendo á entrar en la sala y presentando á la dama con aire de triunfo la piedra preciosa; ¿pero porqué no pedírmela ántes?

— No era cosa de eso, respondió el marido; suponíamos que algun olvido, alguna desgracia quizá... y esperábamos una ocasion natural para recordar á Vd. el lance.

Esta delicadeza es mas rara sin duda que las minas de diamantes.

Otro rasgo británico y acabamos.

Un comerciante de los mas ricos de Lóndres envió hace algunos meses su hijo á Paris para que terminara su educacion, y le recomendó á un banquero su corresponsal, suplicándole que abriera á su heredero un crédito de 100,000 libras. Pasan dos meses y el banquero francés escribe á Lóndres que el crédito está concluido; el padre de este nuevo hijo pródigo llega á Paris con la rapidez de un parte telegráfico y pide cuentas.

— Aquí están, dice el comerciante francés presentando una carpeta de papeles.

— Veamos: un cuarto en la calle de la Paz, 8,000 francos. Supongo que la habitacion será magnífica.

— De lo mejor que puede verse para un jóven.

— Enhorabuena. Muebles, 20,000 francos; pero no es todo; hallo aquí otro cuarto de 3,000 francos en la calle de Laffite; ¿mi hijo tiene dos casas?

— ¡Oh! ese es un rincón para fumar al salir del club.

— ¿Se acostumbra eso?

— Seguramente.

— Está bien, pasemos, esa cantidad es una miseria... Pero ¿qué hay aquí? ¡Un carruaje 10,000 francos! Es demasiado caro.

— No en estos tiempos; hoy los objetos de lujo están á precios fabulosos.

— Adelante; pero diré á Vd. que en Lóndres se tiene por la mitad. Al sastre 15,000 francos; buena partida; supongo que estará vestido como nadie.

— Como nadie, dice Vd. la verdad.

— Pues me alegro en extremo: ahora veo aquí un total de 23,998 francos gastados en joyas, vestidos de seda, chales... comprendo, pasemos á otra cuenta; la última importa 2 francos gastados en sellos de franqueo, no me extraña, mi hijo no tiene la mayor afición á la correspondencia. Pero no hay mas papeles...

— Nada mas, vea Vd. la suma.

— Ya la veo: total: 100,000 francos.

— ¿Y para eso me ha incomodado Vd.?

— Es el importe del crédito, 100,000 libras.

— Libras esterlinas, majadero, aun le quedan para diez meses dos millones cuatrocientos mil francos. Me ha incomodado Vd. inútilmente, y voy á ponerle á Vd. en cuenta mis gastos de viaje.

MARIANO URRABIETA.

## Hombres ilustres

### DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

#### INTRODUCCION.

La América (1), esa vírgen del mundo, como la ha apellidado Quintana, no llama la atencion en Europa, sino por las luchas constantes que la agitan. Los europeos critican á la América sus luchas, sus falsos pasos, sus frecuentes caídas, cosas naturales en la infancia de los pueblos; sin acordarse esos señores, que las vetustas naciones de la Europa aun no han aprendido á darla el ejemplo de vivir en paz. Pero mal podían dar ese ejemplo las naciones del viejo continente, donde el derecho no ha reinado sino por intervalos y jamás en su plenitud; donde la fuerza ha imperado é impera. Al ménos, ya que no pueden dar buenos ejemplos, sean sus hijos mas justos, y no echen en cara á las naciones que están en la infancia los errores de que esas sociedades no han podido corregirse en la madurez.

La América intertropical es la patria del género humano, decia el libertador Simon Bolívar; y á fé que no le faltaba verdad. Sus hermosos climas; sus sabanas y valles feracísimos; sus bosques seculares y cuajados de preciosas maderas, de resinas utilísimas, de plantas de un exquisito perfume; sus montañas que tocan al cielo, cuyos centros guardan riquezas inmensas, cuyas faldas dan abrigo á los mas estimados animales; sus rios inmensos que remedan el mar; sus quebradas con lecho de oro; sus puertos anchurosos y seguros, etc., etc.; y toda esa bella parte del mundo habitada (con excepcion de algunas pocas tribus salvajes), por una raza noble, valiente, celosa de su libertad, fiel á su palabra, amante de sus hogares, hospitalaria al mas alto punto.

¡La América española! ¡oh! ¡cuándo será bien conocida! La poblacion exuberante de la Europa, las clases desheredadas del viejo continente debían dirigir su rumbo para esas tierras benignas y llenas de riqueza. Ese eden las brindaría al par de la vida fácil y barata, la libertad civil y política.

Sí, la América es un Eden. En ella se encuentra desde el líquen hasta el cedro; desde la papa y el maní-

hot ó yuca, hasta el generoso y gratisimo banano (1); desde la delicada fresa hasta el sustancioso aguacate; desde el heliotropio hasta la majestuosa flor que hoy apellidamos *Victoria*; desde el gorrioncillo hasta el faisán; desde el colibrí hasta el condor; desde la ardilla y la ántida hasta el *panchique*; desde el ágata hasta la esmeralda y el diamante; desde el hierro hasta el oro y la platina.

La América tiene alturas como el Cotopaxi, el Antizana, el Chimborazo; llanuras como las pampas de Buenos Aires y la dilatada sabana de Bogotá; bosques donde aun no ha estampado el hombre su huella, como en Centro-América; rios como el Meta, el Orinoco, el Amazonas; istmos como el de Panamá; cataratas como el Tequendama.

Enriquecen á la América el trigo, el maiz, el arroz, la caña de azúcar, el *theobroma* ó cacao, el café, el añil,

Cuya tinta generosa  
Emula es de la lumbré del záfiro.— (2)

la enhiesta y pródiga palma (3), la robusta y coposa ceiba, el bellísimo nopal, del cual ha dicho el poeta americano:

Bulle carmin viviente en tus nopales,  
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;

la roja y saludable quina, el riquísimo y consolador tabaco, esa hoja,

« Que cuando de suave  
Humo en espiras vagarosas huya,  
Solazará el fastidio al ocio inerte. »

¿Pero á dónde iríamos si fuésemos á enumerar todas las riquezas de esos países de bendicion y de esperanza?

Mas no es solo la naturaleza física la que allí se ostenta poderosa y bella. La raza principal de sus habitantes está dotada de hermosos y nobles sentimientos y de poderosas facultades intelectuales. Los bosques y llanuras de la América, no están poblados de salvajes que se devoran unos á otros, como decia un colaborador de la *Presse*. Natural era que á la época en que acabó la independencia, y cuando un nuevo horizonte se abría delante de esos pueblos, empezaran las agitaciones de la existencia propia. Esa era su época de transicion como es hoy la de su constitucion definitiva. El pasado luchaba y lucha con el presente. La fuerza cedia el lugar al derecho; y cuando este empezó sus triunfos, una parte de los que lo habian defendido pretendió dar tal ensanche á la libertad, que amedrentó á los hombres prudentes y de ideas poco avanzadas; empezando de ahí la lucha. Pero ya la reflexion empieza; el orden se afianza; la paz seguirá.

No debe olvidarse que nuestros conquistadores no fueron comerciantes y hombres de industria como los primeros europeos que fueron á disputar su suelo á los indios de la Nueva Inglaterra; estos europeos eran pertenecientes á asociaciones comerciales de Lóndres y de Plymouth; mientras que aquellos eran descendientes de los hombres belicosos que por ocho centurias disputaron su propio suelo á los árabes, y que acababan de salir del sitio de Granada, en el vigor de las aventuras caballerescas.

Los países de la América española no son, á pesar de esto esos pueblos bárbaros y salvajes de que habla Feuilleide, el colaborador de la *Presse*; esos pueblos han producido hombres eminentes en la guerra, en la poesía, en la política, en las ciencias. Los nombres de muchos de esos personajes ilustres han sido traídos hasta las ciudades de la Europa en alas de la fama, que pregona sus altos hechos, sus grandes talentos, sus egregias virtudes.

Hoy, por ejemplo, en Nueva Granada, nuestro suelo natal, tras la agitacion viene la calma; tras la exageracion la tolerancia; tras la licencia la verdadera libertad; tras el sable la ley; y empiezan á reinar la justicia y la filosofía en todas sus instituciones, las cuales tienen aplicacion práctica.

En Nueva Granada están garantizadas la seguridad, la libertad, la propiedad. Allí son libres la industria, la locomocion, las asociaciones, el pensamiento expresado de palabra ó por la prensa, la conciencia, etc. No hay esclavitud, y el esclavo que pise aquel suelo es libre desde el mismo instante. La Iglesia es independiente. El gobierno no gobierna sino lo que los particulares no pueden hacer por sí solos; es decir: gobierna poco; y estos son los mejores gobiernos. El sistema municipal, base de la felicidad de las naciones, está bien establecido. Los poderes están bien deslindados. Las contribuciones son pocas y bien repartidas. Allí

(1) . . . . El banano  
Desmaya al peso de su dulce carga;  
El banano, primero  
De cuantos concedió bellos presentes  
Providencia á las gentes  
Del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
El premio rinde opimo:  
No es á la podadera, no al arado  
Deudor de su racimo:  
Escasa industria bástale, cual puede  
Hurtar á sus fatigas mano esclava;  
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
Adulta prole en torno le sucede.

Bello.

(2) Bello.

(3) Dice Bello: ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre: ellas dan pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc., etc.

no se conoce contribucion alguna sobre nada que pueda contribuir al adelantamiento moral é intelectual de los pueblos. Las tarifas de las aduanas son moderadas y tienen el carácter de fiscales y no el de protectoras ó prohibitivas. Es absolutamente libre la circulacion de periódicos y la importacion de papel, libros, impresoras. El sistema penal es muy benigno. La pena de muerte no se conoce para los delitos políticos. El ejército está reducido casi á la nulidad, pues apenas existen 600 hombres de fuerza veterana; y estos no se reclutan, sino que se enganchan voluntariamente. Los rios nacionales están abiertos á la libre navegacion de todos los ciudadanos y sociedades del mundo.

Los extranjeros que van á la Nueva Granada tienen la mayor facilidad para naturalizarse y gozar de todos los derechos políticos de los ciudadanos granadinos; y al pisar el territorio de aquella república, gozan de todos los derechos civiles de los nacionales. Este es un principio expreso y consignado en nuestra Constitucion política. A tal grado de proteccion no han llegado los extranjeros ni aun en los Estados Unidos, donde no pueden ser propietarios de bienes raíces ó inmuebles.

La Nueva Granada, es, por otra parte, en cuanto á sus riquezas naturales el verdadero resumen de toda la América, teniendo varias ventajas que le son exclusivas, como el estar situada de la mejor manera geográfica, teniendo puertos sobre el Atlántico y el Pacífico y siendo poseedora del importante istmo de Panamá; ella posee ricas minas de hierro, plata, oro; en el Chocó abunda la platina; y sus minas de esmeraldas de Muso son las mas ricas que se conocen.

En la América se han distinguido por su ciencia y vastos conocimientos, Cálidas, y Mutis, físicos y botánicos citados con gran elogio por Humboldt; D. Julian de Torres y Peña, y D. Lino de Pombo, insignes matemáticos; Vargas, médico sobresaliente; Restrepo, Baralt, Alaman, Plaza, Joaquin Acosta, etc., historiadores afamados; Bello, y Pinzon, publicistas de nombre; García del Rio, Irisarri, escritores políticos y literarios; Nariño, San Martín, Santander, Ospina, Cuervo, Mosquera (Tomás) hábiles estadistas; De Francisco Martín, Mosquera (M. M.) Fermin Toro, diplomáticos de gran reputacion; Mosquera (Rafael), Caro, Gonzalez, Azuero, profundos políticos; de Francisco Martín, Pombo, Soto, experimentados financistas; Cuervo, Márquez, Cantillo, Zalda, Rojas, sabios jurisconsultos; Zea, García del Rio, Julio Arboleda, Borrero, Peña, Juan A. Pardo, oradores elocuentes; Bolívar, Sucre, celeberrimos capitanes; Paez, Montilla, Córdova, Paris, Velez, bravos generales; Ricaurte, y Policarpa Salabarrieta, héroes de inmortal renombre; hombres de temple de alma á lo Catón, y de virtudes á lo Aristides como D. Camilo Torres, D. Joaquin Mosquera, etc.; y pontífices ilustres y confesores de la fé como el santo Arzobispo de Bogotá, monseñor Manuel José Mosquera.

En la poesía y las bellas letras, la América es rica y floreciente. Sus principales y mas armoniosos vates son las señoras Abellaneda, Silveria Espinosa de Rendon, María Josefa Acevedo de Gomez, María Josefa Gordon de Jove, Mercedes Marin de Solar, y los señores Bello, Madrid, Olmedo, Caro (José Eusebio), Vargas Tejada, Heredia, Rivera Indarte, Pardo y Aliaga, Ventura de la Vega, Echeverría, Valdez (Plácido), Arboleda (Julio), Salazar, Marmol, Melendez Valdez, Varela, José Joaquin Ortiz, Juan F. Ortiz, Abigail Lozano, J. A. Maitín, Madieto, Lázaro Perez, el conde de la Cortina, Santiago Perez, los Pombos, Samper, y cien mas.

En Nueva-York habíamos empezado una serie de artículos biográficos de hombres ilustres y de poetas de la América española; obra que iba á ser publicada por los señores Appletons. En esa ciudad habíamos fijado nuestra residencia, y habiendo venido de paso á Europa, dejamos del otro lado del Atlántico nuestros libros, apuntamientos y trabajos; hoy, desprovistos de documentos y materiales, cediendo á las instancias de varios amigos nuestros, pensamos dar alguna ligera idea acerca de la vida y escritos de algunos de los literatos y estadistas de la América española. No nos animamos pretension de ninguna especie; y no pensamos en trazar ni noticias biográficas completas, para lo cual nos faltan datos, ni formar juicios críticos, para lo cual además de faltarnos las principales obras de los autores á que nos referimos, nos consideramos escasos de capacidades y de luces. Solo queremos llamar la atencion sobre algunos de esos hombres dignos de todo elogio, que, en medio de las tempestades que agitan la existencia de esos pueblos nacientes, han consagrado sus dias á la ejecucion de alguna obra útil ó agradable.

J. M. TORRES CAICEDO.

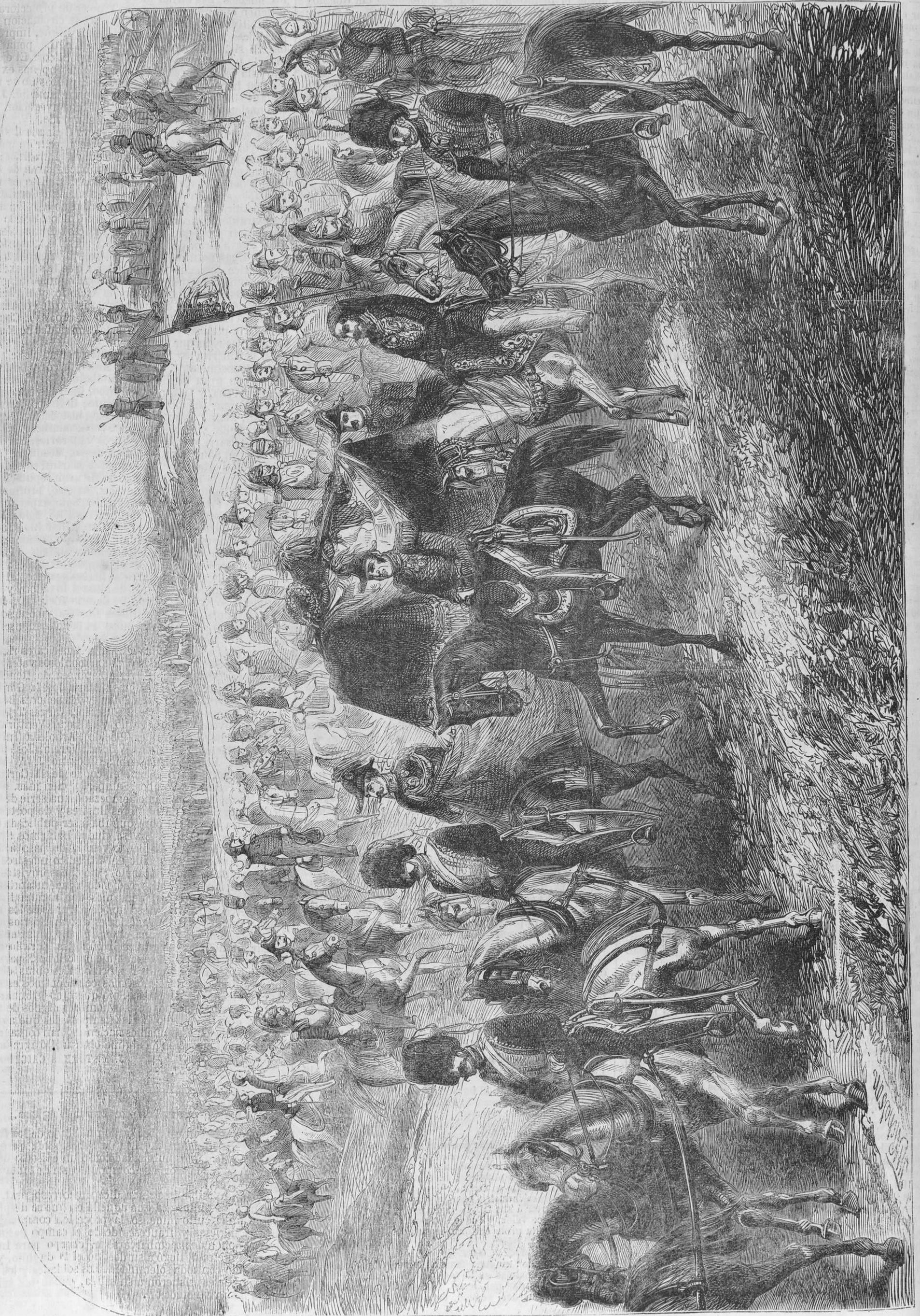
Paris, agosto 1855.

#### Los funerales de lord Raglan.

Hemos recibido un poco tarde un dibujo de los funerales de lord Raglan, delante de Sebastopol; pero sin embargo, le damos publicidad como un episodio de esa guerra, donde la gloria se compra á costa de tanta sangre generosa.

Seria imposible imaginar, dice un corresponsal, una escena mas pintoresca que aquella en que se desplegaba en un circuito inmenso la procesion compuesta de tropas inglesas y francesas desde el campo hasta Katsch, donde debia embarcarse el cuerpo para Inglaterra. En efecto, llegó á su destino el 21 de julio, y fué enterrado con toda solemnidad. Los soldados y los marinos ingleses asistieron á su salida, dando las señales de la mas viva emocion.

(1) Hablamos de la América española.



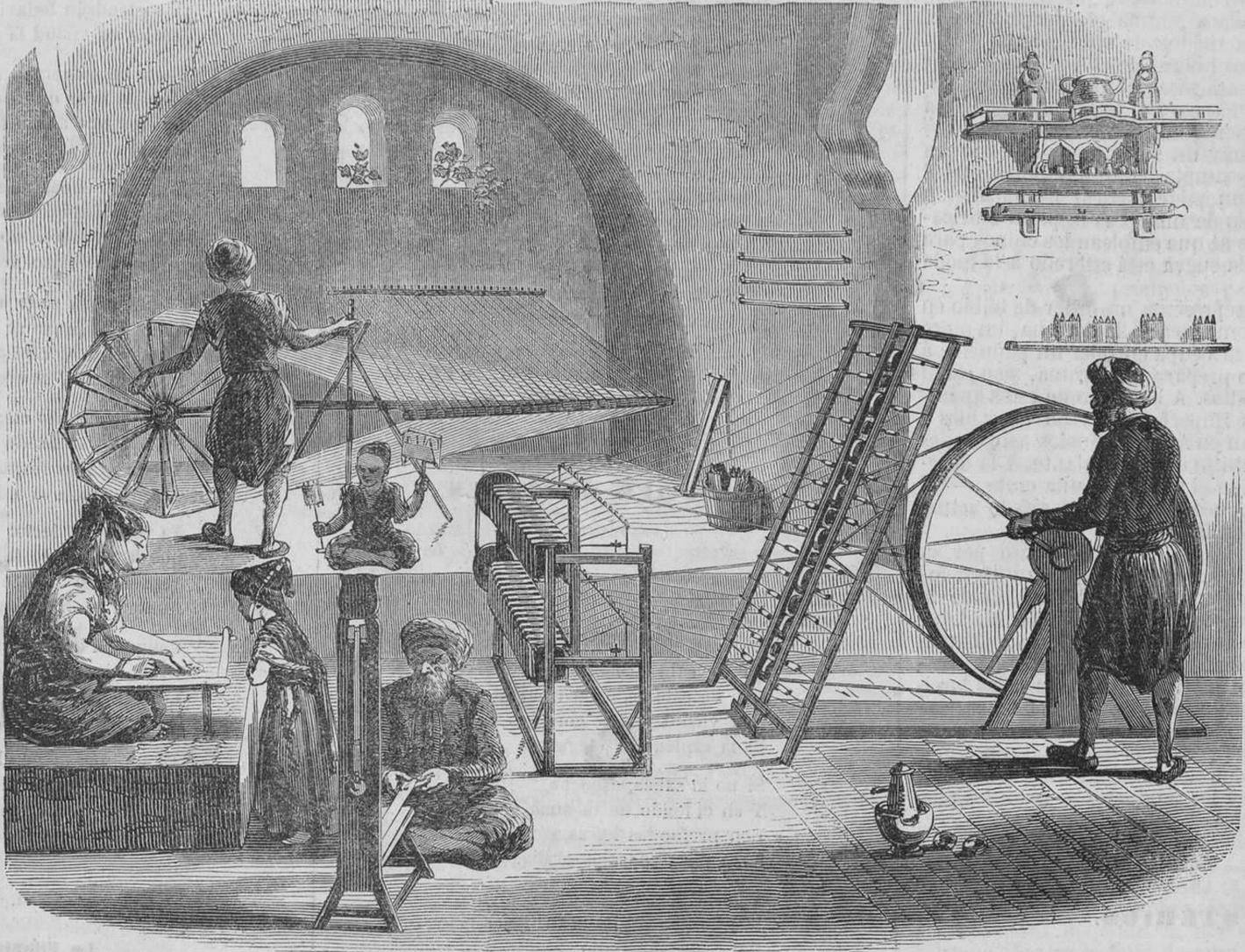
Funerales de lord Raglan en la Crimea.

Industria de la seda en Argelia.

Nadie ignora que la Argelia fué antiguamente en cuanto á cereales y productos agrícolas uno de los auxiliares mas fecundos de los mercados romanos, pero entre todos esos frutos abundantes del suelo argelino, ninguno tiene el mérito que presenta la producción de la seda. Esta industria es la mas sencilla, la mas rica, útil y agradable de todas las industrias: no excluye ninguno de los otros cultivos de la tierra, y hasta les ayuda; trae la abundancia y la moralidad en las masas, suministrando ocupacion y bienestar á todos los miembros de la familia, sin sacarlos de las demás faenas de la agricultura; exige mas atencion que trabajo, y por último se adapta perfectamente al suelo y al clima.

Los trabajos relativos á la industria de la seda no eran conocidos en ninguna parte del Africa septentrional en tiempo de las antiguas dominaciones fenicia, cartaginesa, romana y vándala, y ni aun siquiera en los primeros tiempos de nuestra era; aun es incierto si á fines del siglo VII, época en que los árabes musulmanes orientales penetraron en el Norte de Africa, se hallaban introducidos la morera y los insectos; esta industria que, por otra parte solo se puede desarrollar entre los pueblos tranquilos y prósperos, necesariamente ha debido ser muy limitada en Africa por el estado de perturbacion continua del país.

Preciso es, pues, limitar las investigaciones sobre la introducción de la industria de la seda al tiempo en que residieron los moros en España, ó cuando su expulsión de la península hacia el siglo XVI. Asimismo tambien sería difícil precisar la época en que los habitantes de la antigua regencia fueron iniciados en los procedimientos de esa industria; los árabes y los kabilas tan sencillos en sus vestiduras como sobrios en sus alimentos solo usaban el alboroz de lana y el lujo de las telas finas no debió penetrar sobre las costas del Africa septentrional sino entre los moros, los judíos y los turcos que habitaban los pueblos del litoral donde todavía se encuentran algunas señales de la antigua industria de la seda. Los libros traen pocas noticias sobre esta materia: Haedo, citado por Gramaye, dice que á principios del siglo XVII habia en Argel seiscientos españoles de la provincia de Valencia dedicados á la cria de gusanos de seda; pero eran mas numerosos los que se ocupaban en la fabricacion. Siestos individuos producian seda, habia moreras, y habiéndolas se debió hacer seda anteriormente. El mis-



Torcedura de la seda.

mo historiador añade que habia tres mil tejedores, de los cuales doscientos se hallaban empleados en la seda.

El doctor Shaw, que viajó por el Africa septentrional á principios del último siglo, dice algunas palabras sobre los tejidos y las fábricas de seda; habla de los telares de Túnez y de Argel para hacer terciopelos, tafetanes y otras telas.

Peyssonnel que visitaba las regencias de Túnez y de Argel en 1784, encontraba los numerosos plantíos de moreras hechos por las familias arrojadas de España.

El abate Desfontaines menciona igualmente las mo-

de procedimientos antiguos que ya se han olvidado.

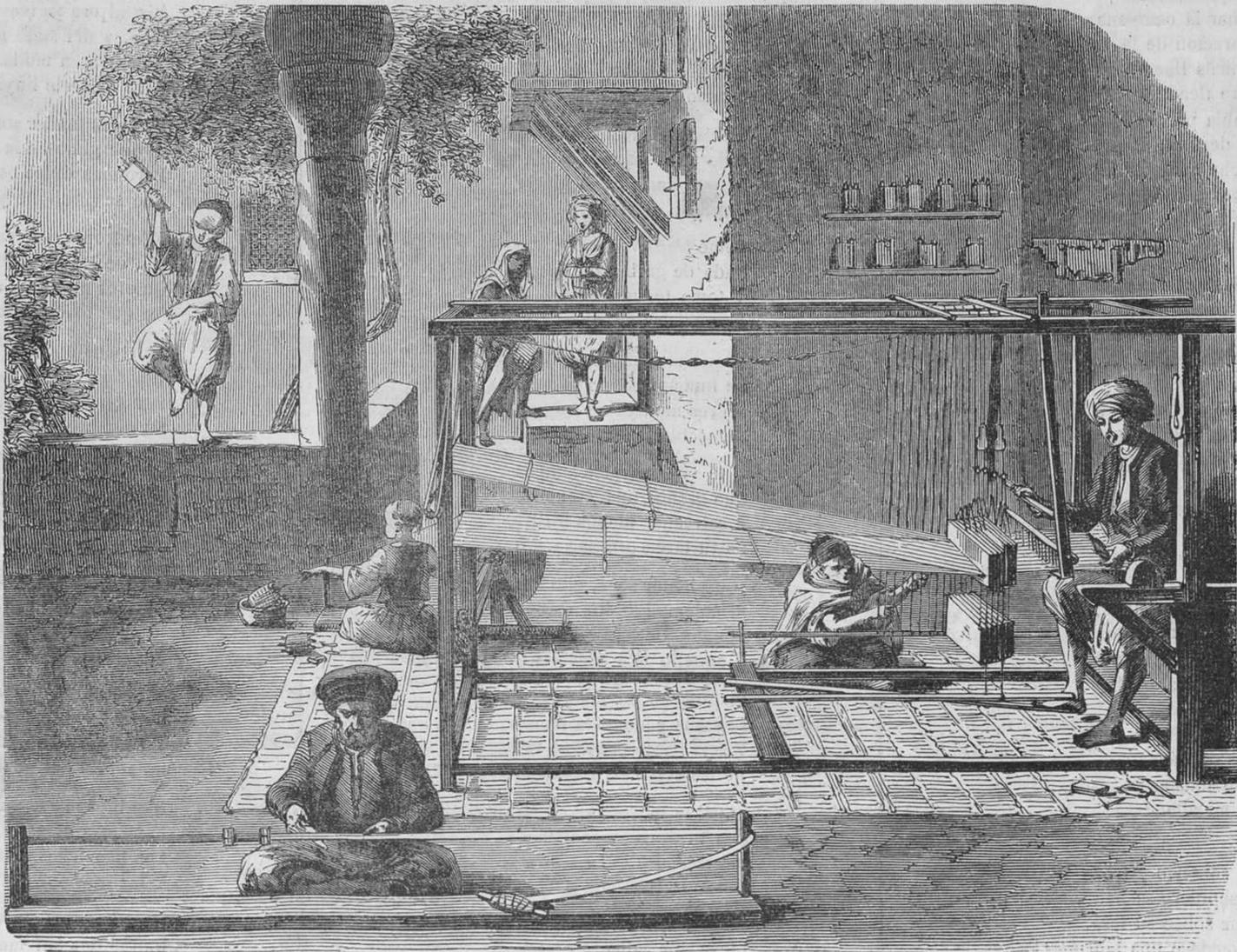
Los moros, es verdad, no producen ya seda en el dia, pero la llevan de Francia y del extranjero para transformarla ó prepararla de distintos modos.

El tinte, verbigracia, se ejecuta generalmente por obreros venidos de Túnez, ciudad muy industrial que probablemente ha heredado las recetas y los procedimientos químicos que se emplearon en otro tiempo en Tiro y en Cartago, y aunque tienen el sello de aquella sencillez primitiva que caracteriza los tintes de la India y de la China, éstos procedimientos dan resultados aun á veces superiores á los que se obtienen por los métodos que hoy usan nuestros tintoreros.

Los trabajos de preparacion de la seda se clasifican en el dia en Africa en dos categorías principales; la primera casi exclusiva de los judíos abraza las diferentes manipulaciones de la torcedura y molinaje de la seda; la segunda que corresponde á los moros comprende el tejido y las operaciones consiguientes.

Nuestra primera lámina reproduce exactamente el interior de un taller judío de torcedura y molinaje.

En una de esas cuevas que con frecuencia se encuentran en Argel, un obrero pone en movimiento un molino fijo de rueda principal y de cigüeñuela cuya tosca construcción no carece sin embargo de precision y hace un trabajo bastante regular; este aparato sirve para la torcedura. Mas allá hay otro moli-



Tejido de la seda.

no maniobrado por otro judío, destinado principalmente á la torcedura de la seda de coser; cerca de una de las paredes de esta cueva se ve una plegadera sobre la cual hay extendida una madeja de seda torcida ya, y encima se ven en cuatro hileras de clavos otras madejas de seda dispuestas para secarse. Al lado hay un vasar con seda teñida propia para el bordado, y encima un escaparate con varios utensilios caseros.

En primer término hay un viejo moro tejiendo un cordón sobre un telar, simple banquillo horizontal á cuya extremidad hay un pilar vertical acanalado en donde cuelga por medio de una pesa la pieza fabricada. Este telar se parece al que emplean los chinos para las cintas. El suelo de la cueva está esterado á la moda de los indígenas.

La segunda lámina representa un taller de tejido en el interior de una casa morisca; á la derecha, un moro ayudado por un niño se ocupa en tejer un pañuelo; á la izquierda, otro niño prepara una trama, y su joven compañero hace canutillos. A beneficio de estos aparatos, que salvo algunas imperfecciones son parecidos á los nuestros, se fabrican en Argel pañuelos, cinturones y chales de seda con hilillo de oro. Delante, á la derecha, un moro sentado en el suelo teje una cinta. — Tal es la descripción que puede hacerse del estado actual de la fabricación de la seda.

El mariscal Bugeaud que se señaló tanto por su amor á la agricultura como por su genio militar, fomentaba con todos sus medios la producción de la seda. Un administrador, no ménos ilustrado, M. Lautour-Mezerai, prefecto de Argel, ha continuado fomentando también la producción de la seda. Este magistrado tuvo la feliz idea de enviar en 1850 las sedas torcidas de la Argelia al mercado de Lyon donde rivalizaron con las mejores sedas del Mediodía. Gracias á su cuidado y celo las sedas argelinas figuraron con honor en Londres en 1851 como hoy figuran en París en el gran concurso abierto á los productos de todos los pueblos.

G. F.

## MISTERIOS.

### Á EVELINA.

Entre nubes de oro y rosa  
El sol á Occidente baja,  
En bellas tintas bañando  
La falda de la montaña.  
Suspira el viento en los árboles,  
Cuyas hojas arrebatada;  
Trina en el cielo la alondra  
Y ledas corren las aguas.  
Desierta está la pradera,  
Que helado rocío esmalta,  
Sin voz los ecos del valle  
Y las flores sin fragancia.  
Allá á lo lejos confusa  
Se oye sonar la campana,  
Que á la oración de la noche  
A los católicos llama.  
Octubre tiende  
Su niebla parda;  
El sol declina;  
La noche avanza....  
¿Qué nuevas emociones  
Siente mi alma?

— Doncellas! de vuestros ojos  
Hallo la luz apagada;  
La nieve de vuestro seno  
No me parece tan blanca.  
Ayer deseos ardientes  
En mi pecho despertabais,  
Con vuestras tiernas sonrisas,  
Con vuestras dulces palabras.  
Cuando, en el baile, mi mano  
Con vuestra mano enlazaba,  
Dábame fuertes latidos  
El corazón de esperanza.  
Y al acercarme á la fuente  
Donde soleis ir por agua,  
Ardía en sed de miraros,  
Como mis sueños galanas.  
Sedosos rizos,  
Tez sonrosada,  
Talles de ninfa,  
Cuellos de nácar...  
¿Porqué no satisfacen  
Hoy á mi alma?

— Madre! solitario y triste  
Tu pobre sepulcro se halla.  
¿Ni una flor sobre su losa,  
Que no humedece una lágrima!  
Por vez primera en mi vida  
Al despuntar la alborada,

No voy á orar por la madre  
Que me llevó en sus entrañas.  
Ya no le pido consuelo  
Cuando el corazón desmaya,  
Porque á otro norte me inclino  
Y oigo otra voz que me llama.  
En mí vive su memoria,  
Como nunca immaculada;  
Pero á otra memoria unida  
Grande, inextinguible, grata.

Hondos suspiros,  
Temores y ansias,  
Noches sin sueño,  
Bellas sin gracia...  
¡Ay! ¿Si tendré de amores  
Herida el alma?

CARL. DE PRAVIA.

## VIRTUDES SOCIALES.

(FRAGMENTO.)

### I.

#### La Elegancia.

Tú no sabrás, lector mío,  
Que en este siglo de trampas  
Una virtud y muy gorda  
Es la espléndida elegancia.

Si no lo sabes, escucha,  
Y en el fondo de tu alma  
Con profundas letras góticas  
Mis sabios consejos graba.

Véte al Prado cada día  
Siendo una copia en tus gajas  
Del figurín recibido  
Aquella misma semana.

Rice Pelaez tus pelos  
Trazando la blanca raya,  
Y Aimable y Baltar y Utrilla  
Den mayor lustre á tu estampa.

Un día en muelle carroza  
Fumas tendido con gracia,  
Otro en *char-à-banc* endeble  
Inmensas yeguas te arrastran.

Ten entrada en los salones  
De toda la aristocracia,  
Y el mejor palco de abono  
Y una querida en las tablas.

Habla mal de todo el mundo,  
Cuenta amorosas hazañas,  
Y enumera entre tus víctimas  
A cuantas veas con faldas.

Acuéstate hácia las cuatro,  
Deja á las doce la cama,  
Dí que París es la gloria  
Y que tu tierra es el Africa.

Come *beafsteak* y *rosbif*;  
Nada de garbanzos, nada;  
Y toma té, mucho té;  
Que así las tripas se lavan;

Y que me emplumen si entónces  
La humanidad no te ensalza,  
Y eres modelo de trajes,  
De costumbres y de cara.

Y te ves con mas amigos  
Que granos una granada,  
Y estrechar manos ilustres  
Es tu tarea ordinaria.

¿Qué honor será, qué fortuna  
El colgarse de tus mangas!  
¿Cuánto de hacer cortesías  
Y aquello de « bien; gracias. »

Disputarán tus favores  
Las mas eminentes damas.  
Y serás vice-marido  
De las seis mas recatadas.

¿Cuál te mostrarán en público  
Con tu puro amor ufanas!  
Desprécialas tú, y á otra  
Dirige tiernas miradas.

¿Y el marido? De órden tuya  
Lleva por calles y plazas  
En pesetera berlina  
Una modista muy guapa.

¿A quién sino á las virtudes  
Se tributan honras tantas?  
¿Y sostendrán todavía  
Que no es virtud la elegancia!

Ponte un sombrero abollado,  
La ropa llena de calvas,  
Zapatos que abran la boca,  
De mil colores la capa,

Y aunque sepas mas que Lepé,  
Mas que Lepijo y su casta,  
Y seas un catecismo  
De moral teórico-práctica,

¿A que nadie se te acerca,  
Nadie á tu brazo se agarra,  
Ni por lucirse contigo  
Donde quiera te acompaña?

Si saludas, solo ciegos  
Hallarás por donde vayas;  
Y solo graves respuestas  
Y ceño adusto si hablas.

Ya ves pues, lector amigo,  
Que la virtud de la cáscara  
Vale mucho en este mundo  
Aunque en el otro no valga.

Conque si quieres ser algo,  
Gasta diez horas diarias,  
Lector, en pensar la forma  
De tu ropa y de tus barbas.

Tú me dirás: ¿y el dinero?  
Dinero no te hace falta  
Con otra virtud social  
Que suele llamarse audacia.

### II.

#### La Filantropía.

A tí, invención de los hombres  
En este siglo nacida,  
A tí en mi romance canto,  
Hermosa filantropía.

Miseros tiempos aquellos  
En que no te conocían,  
Y la caridad humilde  
Era virtud favorita.

Pero murió: las virtudes  
También se vuelven ceniza.  
Y la gran *beneficencia*  
Se quedó á sustituirla.

Virtud era ya mas culta  
Esta, y del siglo mas digna,  
Y estuvo en moda algun tiempo,  
Pero al verte huyó de envidia.

Dulce es tender una mano  
Al que gime en la desdicha;  
Pero mas dulce es aun  
Que se publique y se imprima.

Filantropía, eso es tuyo:  
Tú, de las luces amiga,  
Quieres publicar virtudes  
Ya que todo se publica.

¡Oh! cuántos dieran alegres  
Hasta la última camisa  
Por ver circular impreso  
Su nombre en las gaceticillas.

¿Cuántas y cuántas personas  
Se hicieran caritativas,  
Si publicasen los pobres  
De bienhechores las listas!

Y ¡ay si el hambriento debiera  
Esperar virtudes ínclitas  
Bajo secreto y á oscuras  
En ignorada guardilla!

Mas tú, virtud siempre hermosa,  
Eres en ingenio rica,  
Y con miles de invenciones  
La suerte del pobre alivias.

Que tuyas son, y muy tuyas,  
Las suscripciones, las rifas,  
Los beneficios teatrales  
Y las funciones taurinas.

¿Qué hermoso es ver á tu influjo  
Unirse dos mil familias,  
Y ser colaboradoras  
De limosna, en comandita!

¡Qué hermoso es ver como acuden

Los mortales cual hormigas  
Con duros, telas, garbanzos,  
Pan, vestidos, trapos, hilas!

Por tí ¡qué gusto! un torero  
Expone gratis su vida,  
Y un actor trabaja gratis  
Y gratis la orquesta chifla.

Y no se encuentran billetes  
Un mes antes de aquel día,  
Con su precio y sobrepeso  
Y algo de limosna encima.

Y alza á las nubes la prensa  
De Madrid y las provincias,  
Llamándolos filantrópicos,  
Al público y los artistas.

Y en el diario despues  
Oficialmente se avisa  
Que don Tal llevó tres palcos  
Y don Cual seis galerías.

¡Pues las rifas bienhechoras!  
¡Oh qué placer, qué delicia  
Ver cuál acude solícito  
Tanto benéfico quidan!

Beneficiando á los otros,  
El en su suerte confía,  
Y juega como pudiera  
Jugar al monte ó la brisca.

¡Cuánto joven las iglesias  
El Juéves Santo visita,  
Y echa á las damas que piden  
Napoleones y risas!

¡Qué filantrópicos! ¡mucho!  
En perfumada esquelita,  
Como mutta le impusieron  
Esas monedas que tira.

Así la elegante dama  
Su caridad ejercita,  
Y socorre la miseria  
Con fruto de socaflías.

Y ella se luce pidiendo  
Donde la ven y la admiran,  
Y él dando en público aquello  
Que en secreto no daría.

Dichoso mil y mil veces  
El hombre que necesita  
Para socorrer al prójimo  
Que circule la noticia.

Caridad habrá sin esto;  
Pere es cosa muy sabida  
Que si no hay publicidad  
No existe filantropía.

José GONZALEZ DE TEJADA.

## Exposicion Universal de la Industria.

### LAS COLONIAS FRANCESAS.

Vamos á tomar al *Monitor de la Flota* esta revista de la exposicion de las colonias francesas, asunto que nadie podria tratar mejor que ese periódico especialmente consagrado á los intereses marítimos y coloniales de la Francia.

« Cuando al entrar en la galería aneja por el lado mas próximo á la plaza de la Concordia, se atraviesa la tercera parte de esa hermosa galería, y que en medio de mil máquinas, carruajes, instrumentos, productos de toda naturaleza se pasa alternativamente por las exposiciones de la Inglaterra, el Canadá, la Guyana inglesa, la América, la Bélgica y una parte de la Francia, despues de haber pasado la representacion monumental de la explotacion de las minas de Anzin, y ántes de llegar á la rica exhibicion de nuestra Argelia, se halla uno de repente delante de un bonito bazar, cuyos elegantes escaparates, mesas y demás se hallan dispuestos con el mayor gusto, y cuyo ornato general á la vez sencillo y gracioso detienen allí á los habitantes.

« Detengámonos pues; hémos aquí en medio de nuestros establecimientos de Ultramar, en frente del contingente de nuestra exposicion colonial; en esos pocos metros cuadrados se hallan reunidos los principales productos de nuestras Antillas, de la Guyana, de la Reunion, del Senegal, de la India y de la Oceania.

« Antes de examinar los detalles echemos una ojeada al conjunto:

« Delante de nosotros, en medio de la galería, se adelanta como una especie de promontorio una mesa ovalada de grandes proporciones á cuyas extremidades se

lanza un pórtico original formado por cuatro colmillos de elefante, que sea dicho de paso, son una de las curiosidades de la galería aneja. Esta mesa se halla dividida en muchos pupitres con cristales que encierran azúcar de diferentes clases de todas las colonias, café, chocolate, vainilla, añil, goma, jabon, cera, joyas del Senegal, y en fin una primera muestra de la variedad de los productos de nuestros establecimientos de Ultramar; encima de estos cajoncillos, inclinados para que puedan verse, reina al rededor de la mesa un doble vasar, donde mil frascos, botellas, boteles de tamaños y formas diferentes, presentan una porcion de licores coloniales sacados de la caña ó de las frutas intertropicales, todo esto dominado por un árbol rectangular que elevándose á la manera de las azoteas italianas atraviesa la mesa en su longitud; á cada uno de los dos extremos del rectángulo figuran dos divinidades indias, una de madera dorada, y otra de mármol.

« Entre estas dos divinidades, una embarcacion muy singular con su aparejo y su velamen rústico nos da una idea exacta tomada del natural, de las piraguas en que los negros de la isla de la Reunion van á pescar á largas distancias de la costa.

« Vemos pues, que la exposicion colonial presenta ya una agradable coleccion de algunas de nuestras riquezas coloniales.

« Pero sin embargo, aun no estamos mas que en el prefacio.

« A derecha é izquierda de ese cuerpo principal y separados de él por el corredor de paso hay cuatro grandes escaparates á cada lado precedidos en las cuatro puntas de ese cuadrilátero por cuatro trofeos de armas de la India, del Senegal, de la Guyana, etc. Entre sí están separados: los dos de la izquierda por una graciosa estatua de la emperatriz Josefina debida al cincel de M. Du Bray, y las de la derecha por un elegante baul enviado por la isla de la Reunion, esculpido por un artista de la colonia y con las maderas de la isla.

« En el primer escaparate de la izquierda distinguimos una hermosa coleccion de frutos coloniales imitados en cera con mucha perfeccion por M. Grimaud de la isla de la Reunion, y en el segundo se ven varias telas fabricadas en algunas de nuestras colonias, entre las cuales se distinguen, los *boubous* del Senegal, que son unos mantos tejidos de oro y seda con que se envuelven los guerreros de la cabeza á los pies.

« A la derecha una porcion de muestras de tabaco en rama ó en cigarros, un bonito cofre de madera de la India, mangos de cuchillo de colmillo de elefante, telas, etc., ocupan los dos grandes escaparates, que todos ellos (los de ambos lados) tocan por detrás á otra parte del dominio colonial que corresponde al espacio colocado bajo la especie de balcon que corre por ambos lados de la galería.

« Demos la vuelta pues á la estatua de la emperatriz Josefina, y verémos que en este nuevo espacio se han adoptado las mismas disposiciones que en la region que acabamos de dejar; únicamente la elevacion de esta parte del edificio es menor, puesto que se ha quitado el balcon mencionado.

« A la derecha una larga mesa nos presenta una variedad infinita de conservas de frutas de la Martinica y de la Guadalupe, luego algodones, mas dulces, y encima un elegante trofeo compuesto exclusivamente de armas pacíficas y agrícolas. En efecto, vemos allí magníficas cañas de azúcar, (las mejores provienen de la mas nueva de nuestras colonias, de Mayotte); cocos, cañas de bambú, un telar del Senegal notable por su sencillez; hilados de toda naturaleza, etc.

« Volviéndonos ahora enconramos nuevas riquezas, en *artículos coloniales*; en efecto, la mesa que tenemos enfrente contiene azúcar, café, frutas conservadas, un bonito modelo de un ingenio del Gol (en la Reunion); luego por la otra parte arrimadas á la pared dos elegantes tiendas nos ofrecen una porcion de objetos menudos fabricados con paja, semillas ó conchitas, y despues un nuevo contingente de líquidos coloniales.

« En el piso que domina esta galería se ve la misma repeticion en la disposicion de los lugares, y un surtido de los mas variados de objetos de tocador de la Oceania, de curiosidades de la Guyana, etc.

« Atravesando enseguida el edificio por su ancho y pasando de nuevo ante los famosos colmillos de elefante, nos encontramos en un segundo espacio igual al que acabamos de dejar; esto es, vemos una gran mesa que le divide en dos, y sobre esa mesa hay una coleccion muy curiosa de maderas de las colonias, aunque desgraciadamente la Guyana ha enviado pocas muestras de las muchas maderas que posee.

« Por un lado de ese grupo hallamos junto al aparador esculpido de la isla de la Reunion, un nuevo contingente de algodones, semillas y cortezas propias para la medicina ó el tinte; y luego por el otro, dos tiendas tan elegantes como las que hemos visto ya encierran alfarería, hermosas pieles, petrificaciones, etc., etc.

« De esta enumeracion que acabamos de hacer, incompleta necesariamente, podemos sacar desde luego en conclusion que los colonos se hallan dignamente representados en la Exposicion Universal.

### TURQUIA.

En ese vasto museo consagrado á las artes útiles, donde de la industria de todos los pueblos cultos ostenta sus riquezas, hay que decir en honor de la verdad que la

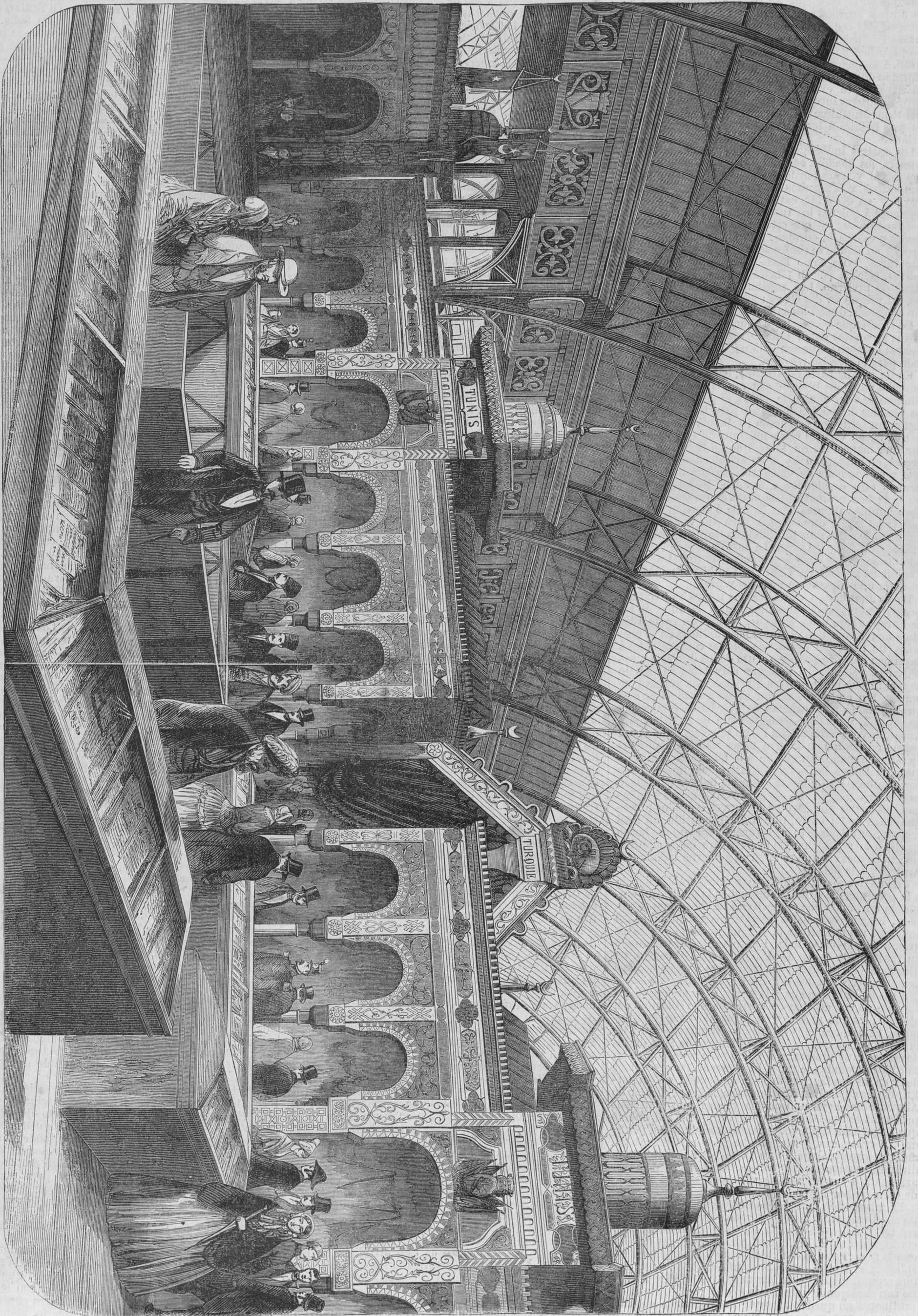
Turquía ocupa un lugar muy modesto. Sin embargo, no se fijan sin interés las miradas sobre el pequeño kiosko á cuyo lado una infinidad de objetos curiosos que son, por decirlo así, las reliquias de su existencia oriental, se ven expuestos otros productos, hijos de sus esfuerzos en un trabajo mas conforme con las costumbres y necesidades de la civilizacion. La nacion turca jamás ha sido industrial por sí misma; pero á su aparicion en Europa, conservaba todavia, de su origen asiático y de sus frecuentes relaciones con los demás orientales, ciertas artes muy superiores á las que apenas principiaban á nacer entre nosotros. A este número pertenecian la fabricacion de armas, los tejidos de seda, de oro ó de plata, la composicion de perfumes y esencias, etc., productos para los cuales habiamos sido sus tributarios durante mucho tiempo. Ellos por su parte eran deudores á los mongoles, persas, árabes y griegos de esa superioridad que ha durado hasta la época en que el Occidente, cesando de ser bárbaro, prohibió las artes y las elevó como por ensalmo á un punto desconocido en Asia. Desde entónces, la Turquía vió cambiarse la balanza del comercio en detrimento de su riqueza y de su industria, que no tardaron en seguir con todo lo demás, por la pendiente de la decadencia del imperio. Esas grandes manufacturas que suministraban en aquel tiempo los géneros de lujo al comercio que Venecia y Génova hacian con Levante ya no existen mas que de nombre. La fabricacion de armas blancas se ha conservado bastante gracias á las necesidades de la guerra; pero casi todos los oficios concernientes á las necesidades de la vida, no se ejercen sino á domicilio, como sucede en todas las naciones mas atrasadas en la carrera de la civilizacion. Así, viajando por la Turquía, se cansa la vista de contemplar por todas partes los estragos del tiempo, sin que una sola huella de su mano reparadora ofrezca el mas mínimo consuelo en medio de tanta devastacion. Mientras que en el resto de la Europa, todo cambia, todo se renueva, todo renace sin cesar de sus ruinas, solamente ese país parece condenado á una decadencia irreparable. Sus monumentos arruinados se desmoronan piedra por piedra, brotando la yerba sobre sus escombros, lo mismo que sobre las tumbas. Por todas partes las malezas disputan la tierra al cultivo aumentando los obstáculos la falta de caminos que nadie piensa en abrir, el hombre mismo no subsiste en aquella desventurada nacion, mas que de las ruinas de una herencia acumulada por sus padres, y cuyos restos va consumiendo muy ageno de pensar en mañana: su casa, sus muebles, sus vestidos, y todos sus utensilios llevan impreso el sello de la vetustez, atestiguando un lujo pasado que hace resaltar mas aun la miseria presente.

La inercia de ese pueblo, pero sobre todo la insensibilidad por las necesidades sociales que mata en él toda industria, le retendrá aun largo tiempo sumido en ese estado, mucho mas vecino de la barbarie que de la civilizacion. Aunque amigos de los placeres sensuales, no tienen la menor idea de lo que nosotros llamamos *comfortable*; su interior está desprovisto de toda clase de comodidades, y no conocen otros muebles que los divanes, tapices y esteras: nada de chimeneas, nada de camas, nada de armarios. Unos cuantos utensilios de cobre y de hierro fundido componen todo su ajuar de cocina y su vajilla; en vez de estufa ó chimenea usan el brasero; una tabla de madera puesta en el suelo les sirve de mesa, y el divan durante el día les sirve de asiento, y durante la noche de cama. Rara vez cambian de vestido, y lo llevan hasta que se cae á pedazos, sin pensar jamás en zurcirlo ni remendarlo. Con tales hábitos bien se concibe que la mayor parte de los oficios mas usuales estén todavia entre ellos en su infancia. La fabricacion de metales y sobre todo la del hierro esta excesivamente atrasada. Exceptuando la fabricacion de armas que sin embargo no es ya hoy lo que fué en otro tiempo, su quincallería es de la mas inferior calidad, sin que pueda competir con la del resto de Europa, ni por la forma, ni por el precio. Los *ojalateros*, *deukmedji*, abundan es verdad en todas las ciudades, pero sus obras están muy lejos de la perfeccion. Los *caldereros*, *bakerdji*, sobre todo los de Choumla y Bosnaserai, serian bastante hábiles en la fabricacion de utensilios de cocina, y en especial de *mangals* (braseros) de cobre ó hierro fundido, si no les faltase la primera materia. Es inútil hablar de los *cerajeros* excesivamente atrasados en su oficio; pero no así de los *cuchilleros* y *armeros*, que alcanzan un grado de perfeccion envidiable. Fabrican cuchillos excelentes del tamaño de los nuestros de mesa, adamascados por el corte y con mango de hueso adornado de granate y abalorios; *handjares*, especie de machetes, y sables damasquinos de todas formas, *schamlianke*. Los de Niaousta rivalizan con las tan celebradas cimitarras de Damasco. Mostar, Fotcha y Trawnik son las ciudades mas nombradas para la fabricacion de estas armas, por parecer en general mejor templadas y sobre todo porque se toman menos que las nuestras.

La carpintería y ebanistería puede decirse que están tambien desterradas de la Turquía, pues para el uso de entrambos no se sirven, los *doghramadji*, carpinteros, de otros instrumentos que del cepillo, martillo y sierra de mano, con los cuales hacen mesitas bajas, algunas cajitas y anaqueles muy groseros. La anaquelería fina se importa de los estados austriacos. Los arneses y guarnicionería de que podemos ver algunas muestras en la Exposicion, fabricados en Skodra (Scutari de Romelia) y en Beikos, no conservan de su antiguo lujo mas que el gusto de los adornos. *L'iskemle* ó silla turca,



Exposicion de la Industria Universal — Productos de las colonias francesas.



Exposicion de la Industria Universal. — Los productos orientales,

muy diferente de la silla árabe, á la que no se parece mas que en la elevacion de su grupa, *ounkach*, y en los anchos estribos cuadrangulares de hierro fundido, *uzengui*, está ordinariamente cubierta de un *ocha* ó caparazon de paño bordado de oro, seda ó lana, y tiene dos capuchas para cubrir las partes prominentes del arzon. Las mejores están rellenas con pelo de camello y forman dos almohadillas *ketche*, en los lados, las cuales sirven para evitar las mataduras al caballo. Los *saradgis* silleros turcos, muy diestros en su género, son casi todos musulmanes; á pesar de que se cita entre los mas hábiles á los *Zinzares* (valacos otomanos) de Kalarites.

Los sastres indígenas se dividen en dos clases: la primera los *abadgis*, es decir, los que trabajan el *aba* ó el sayal y paño burdo, que sirve para vestirse los campesinos, y la segunda los *terzi* ó sastres elegantes, que hoy en dia están casi sustituidos por los obreros alemanes á quienes los turcos llaman por esta razon *maistor-schnider*, y que están mas al corriente de las modas y corte á la europea. Hay sin embargo muchos parajes en donde se confeccionan por mayor vestidos á la turca, tales como Bach-Keuiu en los Balcanes, y *Islivne*, célebre por su fábrica de *goumiatz*, especie de capas de invierno. Los zapateros indígenas se dividen así mismo en dos clases: los *apantchar*, que fabrican el *opanke*, ó sean las sandalias para los campesinos, y los *poudji* que hacen las babuchas y las botas á la turca; pero estos ceden igualmente el puesto á los zapateros europeos, que son quienes suministran el calzado para el ejército regular.

En la mayor parte de Turquía las mujeres desempeñan el oficio de hilar el cáñamo, lana ó algodón, y tambien de tejer el *aba*, la tela y el paño burdo para los vestidos del pueblo. Emplean para la primera operacion un torno muy sencillo (*tchekrek*), compuesto de una rueda vertical sobre un pequeño eje, y movido por una manecilla. Su telar, que en turco se llama *tergiah*, en búlgaro *razboi*, y en griego *ergaleon*, es vertical y se compone de una trama de hilo de lino á lo largo y otro de algodón á lo ancho formando así el *bez* ó la tela ordinaria. Las mujeres turcas ó esclavas tejen tambien algunas telas de seda ó algodón para las *antaria latiza*, y otras piezas para sus vestidos. Esta industria se halla muy difundida en Galipoli, Salónica, Philipópolis, Seres y Larisa. La tela de algodón con tejido afelpado, del cual se ven algunas muestras en la Exposicion se hace en Thesalia. Tambien se fabrican en Sofia una especie de merinos y gasa.

De algunos años a esta parte los turcos han tratado de establecer grandes manufacturas á ejemplo de las de Europa; pero estos ensayos, debidos en parte á las ideas de reforma han obtenido poco éxito hasta el presente. De todas las industrias solo las concernientes á la milicia han prosperado á causa de los desvelos y sacrificios constantes del gobierno para tener su ejército bajo el mismo pié de guerra que las demás grandes potencias. Sin embargo, ni aun así se puede citar mas que la fundición de cañones de Top-hané, establecida 80 años há, y las fábricas de pólvora de S. Estéfano y Azatli, cuyos productos son bastante considerables para cubrir en tiempo de guerra todas las necesidades del ejército otomano. En cuanto á la fábrica de armas de fuego de Dolma-Bagh-Tché, construida á mucho coste por el sultan Mahmoud, á pesar de haber principiado bajo la direccion de obreros europeos franceses ó italianos, los cuales enseñaron á los turcos todos los procedimientos de su oficio, nunca ha producido un fusil regular, limitándose todas las operaciones que se hacen en ella á la reparacion de armas, para cuya adquisicion tiene todavía que recurrir el gobierno otomano al Austria y á la Bélgica.

Una de las manufacturas mas considerables debida á la prevision del sultan Mahmoud es la de Eyoub, empleada en la fabricacion de *fess*, que son, como es sabido, los gorros de todos los súbditos musulmanes del imperio, y tambien de la mayor parte de los rayas griegos de la clase baja. Esta manufactura se fundó en 1834 por la suma de dos millones de piastras. La direccion está al cargo de banqueros y comerciantes armenios que son los principales accionistas. Abastecen sus lanas la Romelia y la Anatolia, y produce todos los años 36,000 docenas de gorros para el consumo del ejército; los que se sacan en venta al bazar son muy pocos. Estos productos no pueden rivalizar con los de la misma clase que ha expuesto Túnez; la lana de los de este es muy grosera y el tejido poco espeso; pero en cambio se venden á muy bajo precio. Poco podemos decir de las dos fábricas de loza de Scutari y Tchiboukli, de las cuales la primera es propiedad particular de Ahmed-Fethi-bajá, uno de los yernos del sultan: sus productos son pasables, pero de un precio tan subido que no podrian hallar curso sino vendiéndose á pérdida. La cristaleria, perteneciente hoy á Mehemet-Alí, antiguo capitán-bajá y otro de los yernos del sultan, dirigida igualmente por armenios, despues de haber arruinado á sus primeros accionistas, está en visperas de cerrarse por no poder cubrir sus gastos.

La fabricacion de sederias tan célebres en otro tiempo en el imperio griego, las cuales eran transportadas por los caballeros normandos de este país á Europa hácia fines del siglo XII, ahora han decaido del todo del estado floreciente en que todavía se hallaban hace dos siglos. Las fábricas de Constantinopla, Scutari, Tarnowo en Europa, Brusa, Damasco y Alepo en Asia ya no son mas que la sombra de lo que fueron. En Constantinopla no quedan mas que 350 telares de los 3,000 que poseia aun no hace un siglo; así en la misma pro-

porcion quedan reducidos los de Brusa y Scutari, y en Tarnowo no llegan á 200 de los 2,000 que habia en dicha época. Las muestras de este género de industria que figuran en la Exposicion pertenecen casi todas á la fábrica imperial de Erekie, situada en la bahía de Nicomedia. Este establecimiento, debido á los desvelos del ex-ministro de la guerra Riza-bajá está igualmente bajo la vigilancia y direccion de accionistas armenios. El personal tomado entre maquinistas y obreros austriacos, se compone en su mayor parte de vieneses. Las piezas de seda y media seda que produce, aunque bastante buenas no podrian darse al mercado sino con un 30 á 50 por 100 de pérdida sobre las de la fabricacion lionesa. Sin embargo, como provee á las necesidades inmediatas del serrallo, el sultan le tributa por esta causa un favor particular. Por lo demás sus productos no se diferencian de los lioneses por ninguna calidad intrínseca de la materia primera ni por el tejido, y aun, comparándolos con estos, puede admirarse el arte de los dibujos y el gusto con que los colores están distribuidos. Hay de notable en los géneros levantinos que el efecto general jamás se ve sacrificado á los adornos, y que estos mismos adornos están casi siempre en relacion perfecta con el uso que debe hacerse de ellos. Así las piezas que deben estar envueltas son rayadas y matizadas, de manera que presenten bajo todos aspectos el trabajo particular que las caracteriza. En las que deben caer en pliegues mas ó ménos anchos, la disposicion y dimension de los dibujos están hábilmente proporcionadas con los reflejos ó con las quebraduras propios de su lustre y solidez. Hay que observar tambien que los orientales se fijan ménos que nosotros en el brillo de los colores y en la simetría, y aun por el contrario evitan los primeros, para no destruir la belleza misma con esa profusion de colores chillones, que dan á los vestidos el aire de una alfombra. Los obreros de Lyon, tan superiores por otra parte en los procedimientos que emplean, hay que decir en honor de la verdad, que no siempre reúnen á estos el gusto indispensable, que no puede suplirse ni con la riqueza de las invenciones ni con el primor del trabajo.

Constantinopla ha enviado tambien algunas muestras de piezas estampadas sobre algodón, muselina y seda, en las cuales las mismas calidades sugieren las mismas reflexiones. Las principales manufacturas de este género están en Salónica, Seres, Istib, Philipópolis, Andrinópolis y Brusa en Asia. Los estampados en algodón del barrio bizantino de Koum-Kapi han disminuido mucho en número, siendo aventajados ya por la fábrica de Scutari en Asia. Sin embargo, todas estas piezas parecen marchitas y pobres de dibujo para la vista del europeo. En su mayor parte son rayadas, por acomodarse mejor esta disposicion con el traje oriental. Los pañuelos de tul azules, encarnados ó de color de naranja, con las fajas estampadas en oro ó plata, se fabrican en Seres y Philipópolis: los griegos y los búlgaros de la Macedonia ejercen sobre todo esta industria.

Pero los que aventajan á todos los productos expuestos de este género por la ligereza de sus colores, son los tules de seda de Esmirna y Amasia. Esos pañuelos, bandas y túnicas, diáfanos destinados á realzar la belleza mas bien que á encubrirla, son sin disputa muy superiores á las muselinas bordadas y blondas francesas, tan caras como complicadas y poco naturales. Su transparencia y reflejos tornasolados hacen desaparecer el trabajo del hombre, presentándolos á la vista como tejidos por una industria mas sencilla y perfecta, y como coloreados por un rayo desol á través de algunas gotas de rosa, semejantes á la tela de ciertos insectos. En una palabra están hechos para servir de adorno, sin serlo. Allí se encierra el secreto de ese gusto refinado de Oriente, que estamos muy léjos de imitar con la ostentacion esmerada, simétrica, y por decirlo así, gótica de nuestros bordados.

No es decir por eso que el bordado no sea del gusto de las mujeres turcas como de las nuestras, ántes por el contrario, constituye la ocupacion principal de eso que allí llaman la ociosidad del haren. Los bordados, en turco *nahaeh*, y en griego *hentema*, se hacen de oro y seda de color, y á veces por los dos lados, sobre telas de seda, de organtina ó de gasa. No se puede juzgar de su mérito por la sencilla muestra que ofrece la Exposicion muy inferior en sí. Las mejores bordadoras son las griegas de Constantinopla. Este adorno, desterrado del vestido exterior de las mujeres, que siempre es muy sencillo, está en cambio profusamente distribuido en la camisa, *queumlek*, en la pañoleta *mahramé*, y demás vestidos ligeros que sirven para el negligé del haren. En cuanto al bordado de cordoncillo de seda, oro y plata sobre paño ó terciopelo, que usan los hombres, hay para esto en Turquía, artesanos muy hábiles, y en la Exposicion pueden verse magníficas muestras en los escaparates del kiosko. Muchos obreros se ocupan en todos los bazares de este oficio; pero las piezas mas estimadas salen de Janina. Se distinguen estas, como los dibujos estampados, por la buena eleccion y variedad de los adornos, mucho mejor apropiados que los nuestros á su destino. Nada de esas interminables guarniciones de guirnalda de encina, olivo, ó laurel, con las cuales pretendemos caracterizar la gerarquía ó condicion; nada tampoco de esos atributos civiles ó guerreros que hacen de nuestros bordados una especie de escultura emblemática tan pesada como insulsa: el principal objeto de todos los bordados en Oriente consiste en galonear los vestidos marcando todas sus piezas accesorias por medio de ribetes ó de espirales que

fijan la vista sobre su disposicion exterior. La pasamanería de seda como la trencilla, *gaitan*, los festones, *chirip* y los botones, *duyme*, se fabrica en Scutari de la Albania, y la de algodón en Guylan y en Sofia. Los *sermakech*, ó trencillas de hilillo de oro no se hacen mas que en Janina y Scutari. Estos trabajos de pasamanería reemplazan ventajosamente, en el tocado de las mujeres, todas esas cintas y diges de nuestras damas de Europa, que están en su cabeza como una cosa fuera de su lugar, así como todos los demás arambelles y superfluidades de la moda.

Pero veamos los tapices, *kilim*, que se fabrican todavía en el Imperio Otomano en algunos establecimientos de consideracion; se hacen á la mano sobre una trama tendida verticalmente como en los Gobelinos. Es todo lo que tienen de comun con estos; porque, si la perfeccion del tejido es incomparablemente superior en la tapicería francesa, tambien el gusto es las mas de las veces muy equívoco sin que pueda compararse nunca con la sencillez oriental. Sin embargo estos tapices han perdido mucho de su antigua nombradía, siendo, como han sido siempre mucho mas estimados los de Persia. Poco dirémos pues de las muestras de este género de industria que han enviado á la Exposicion los *eyalets* de Nisch, de Selanich y aun de Jerusalem. Con todo, á pesar de su inferioridad se observa el mismo gusto de adornos que en las demás telas, gusto que no podriamos desdeñar sin injusticia, pues se halla mucho mas cerca de lo que se piensa de las verdaderas condiciones exigidas por el arte. Con efecto, en las tapicerías orientales no se ven esos perfiles de objetos propios cuando mas unas cortinillas, ó de las tapicerías verticales; ni tampoco ese relieve marcado en los encuadramientos; nada en fin que deslumbré la vista buscando para engañarla una reproduccion de objetos fuera de su lugar. Todos sus adornos parecen hechos para cubrir una superficie plana, y están muy adecuados para el uso que se hace de una alfombra. Contienen, es verdad, muchos defectos de textura ó simetría, pero que no perjudican en nada el efecto general. Los colores son bellos, aunque sin brillo sobre todo el encarnado, el violeta y el verde. Lo mas notable es que están hechos por mujeres que ignoran el arte del dibujo: los que salen de los talleres Charkeuiu (Pirot) en Mesia, son fabricados por doncellas búlgaras, las cuales no ganan en este trabajo mas que 20 piastras (cerca de 20 reales) al mes.

La fabricacion del paño en Turquía ha pertenecido durante largo tiempo á la industria privada, hasta que el gobierno ha fundado las tres manufacturas de Tarnowo, en la Romelia, de Ismit, en la Anatolia, y la de Constantinopla, cuyos intereses se han confundido con los de la fábrica de gorros de Eyoub. Los campesinos fabrican todavía el paño grosero, *aba*, en búlgaro, *soukno*, que no es mas que una especie de sayal, con el cual se cubren. Entre los paños mas conocidos de la industria privada se cuenta el *chadak*, paño negro, el amarillo llamado *tstikaba*, y el *aba* azul oscuro, de Balakes, en el Asia Menor. Las mantas de lana de pelo largo se fabrican en Iamboli, Roustchouk, Silistria, y Seraiewo: estas últimas son las mas estimadas á causa de su bondad y baratura. En cuanto á las grandes manufacturas de Ismit, Tarnowo y Constantinopla, hasta ahora no han obtenido mas que productos inferiores. La de Constantinopla fundada en 1844, tiene á su cargo el proveer de paños azules y castaños para los uniformes del ejército de mar y tierra. Sus precios están todavía á un 40 por 100 mas caros que los de fábrica europea, es decir, de 40 á 70 piastras el *pik*. La fábrica de Ismit, que es la que ha enviado mas muestras á la Exposicion, fué establecida en 1848 por Riza-bajá, tiene máquinas de vapor inglesas, y produce paños bastante buenos, pero su precio es un 60 por 100 mas caro que los importados de la misma calidad; su director es armenio, y los maquinistas con la mayor parte de los obreros son ingleses. Los gastos de su instalacion subieron á mas de 25 millones de piastras: el alto precio de la mano de obra y el costoso sostenimiento de sus máquinas la impide mantener la concurrencia con las demás de Europa.

Entre otros géneros de tejidos particulares en la Turquía, y de los cuales se ven algunas muestras en la Exposicion, citarémos las medias de lana blancas ó de color de Trikala, en Tesalia, las telas de algodón rayadas del Kurdistan (Manusa), apreciadas por su finura y solidez; las telas mezcla de hilo y algodón de Skodra y Monastir, de un trabajo bastante tosco, pero notables por una especie de guarnicion de oro y plata, segun el gusto oriental.

Es de lamentar que no se haya pensado en enviar con los productos verdaderamente originales de produccion indígena, un surtido completo de tejidos de crin de caballo (*ichouval*). Es una industria muy difundida en todo el Imperio Otomano, donde esta tela es muy solicitada para ciertos usos, por ser muy sólida, y segun se asegura, por estar al abrigo de todo contagio pestilencial. Los grandes sacos para encerrar y transportar el trigo, las alforjas sencillas, *tjavia*, ó dobles, *heibé*, los morrales, dulzainas, algunos tapices comunes, excelentes cuerdas de pozo, orejeras, trabas y mantillas para caballos, todo se hace de esta materia.

Citemos por fin entre las industrias secundarias, cuyos productos abundan en la Exposicion, la mas importante cuando ménos para los turcos, que es la de los fabricantes de pipas: los *louladjiler* son los artesanos que trabajan pipas, *loulé*, de tierra encarnada, y en forma de cáliz mas ó ménos abierto, plana por la

base y adornada de cinceladuras hechas con buril ó con cuchillo: las mas elegantes son doradas por los procedimientos ordinarios. Se fabrican las mejores en Nisch, Sofia, Roustchouk, Andrinópolis, y sobre todo en Loulé-Bourgass (Bourgass-la-Pipa). Los fabricantes de tubos, *tchiboukdjiler*, sacan los palos de plantales donde se cultivan tiernos cerezos y sobre todo ciruelos de Alepo, cuyas ramas fuerzan á crecer en tubos artificiales de manera que produzcan los *tchibouks* de un calibre perfecto. Se hacen tambien de avellano, jazmin y membrillero. La embocadura de la pipa, *keh-ribar*, toma su nombre del ámbar amarillo que constituye su principal materia; las hay de un precio muy subido. En cuanto al *narguiler*, bien conocida es su disposicion; pero las mas elegantes y adornadas vienen de la Persia.

De todo lo dicho se desprende, que si los turcos no han tomado todavía un puesto entre los pueblos, donde la ciencia ayuda á las artes y concurre con las necesidades sin cesar renovantes de la vida para llevarlas á su perfeccion, no por eso es ménos verdad que estos hijos del islamismo, cuya oleada ha venido á espirar á las puertas de Europa, conservan, á lo ménos en su industria, algunas huellas del genio oriental al cual debemos nosotros la creacion de todas las artes, y que la nuestra podria consultar útilmente para remontarse á la fuente del verdadero gusto, sin el cual el lujo no puede existir.

J. L.

### El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

(Continuacion.)

La segunda circunstancia era que el juez, procediendo por analogia, creyó poder admitir que si el asesino se hallaba todavía en Gerolstein, una segunda tentativa no tardaria en seguir á la primera.

En cuanto la cantatriz pudo recibir sin fatiga las visitas del juez, este iba todos los dias á su casa para consultar con ella y con el médico sobre las medidas que podian tomarse á fin de descubrir al asesino. Muchas disposiciones se discutieron, algunas parecieron buenas y otras se rechazaron sin discusion. Por último, Giuseppa concibió un proyecto que no les pareció mal á los dos consejeros.

— El doctor, dijo la cantatriz, me permite salir en la semana próxima; si no le parece mal, me mostraré de nuevo en público en el último baile de carnestolendas. Por mi parte tengo gusto en presentarme allí donde me ocurrió la desgracia. Os abandono el cuidado de difundir mi intencion por Gerolstein. Si el caballero está aun aquí me hallo convencida de que no dejará de deslizarse junto á mi persona, disfrazado. Se guardará muy bien de hablar, pero yo le conozco, sé que nada le hará renunciar á mis proyectos homicidas, y me encargo de reconocerle entre mil; su estatura y sobre todo sus ojos me le denunciarán; ¿qué os parece, señores?

— La idea no es mala, respondió el juez; mas de un miserable se ha arrojado ya de ese modo en manos de la justicia. Si este sabe que contais ir al baile, tambien irá, aun cuando solo fuese para dar un nuevo alimento á su odio. Os aconsejo que no lleveis careta y con eso os verá mejor. Os escoltarán vestidos de dominó dos buenos agentes de policia, que á la menor señal prenderán al zorro cogido en el lazo que le armáis.

Luisa, la doncella de la cantatriz, mientras andaba en sus labores asistia á una parte de la conversacion. Cuando vió á su ama tan bien decidida á secundar la accion de la justicia, creyó que tambien debía no descuidar nada para contribuir al arresto del asesino ó de sus cómplices. Esperó, pues, al juez á su salida, y cuando pasó junto á ella le dijo, apelando á todo su valor, que ya el otro dia habia llamado la atencion del doctor sobre una circunstancia que este descuidaba y que podia tener quizá alguna importancia.

— En efecto, repuso el magistrado, en asuntos tales nada se debe descuidar; si teneis pues alguna noticia que dar...

— Yo creo que mi buena señorita es demasiado discreta y que obra con demasiada circunspeccion. Cuando recibió el golpe y cayó desmayada en mis brazos, pronunció en un postrer suspiro el nombre de — Bolné.

— ¡Cómo! exclamó el juez indignado; ¿y Lelong me ha ocultado esto? ¿Una circunstancia tan grave! ¿Comprendisteis bien que pronunció ese nombre?

— Lo juro por el Dios que nos oye, dijo la doncella en tono solemne y poniéndose la mano sobre el corazón. Dijo Bolné, y con un acento tan doloroso, que ese debe ser el nombre del asesino. Pero no me descubrais, señor juez; haced lo que gustéis sin decir nada á mi señorita.

— Os lo prometo, hija mia.

El juez tenia por principio que ningun hombre, por honrado que se le suponga, era incapaz de cometer un crimen. M. Bolné, el juez del tribunal de comercio (no habia otro) era en verdad un hombre de honor, respetado de todo el mundo, pero ¿no se ha visto que esas gentes tan estimadas de todos, son precisamente las que mas neutralizan las investigaciones de la justicia?

M. Bolné tenia la reputacion de ser aficionado al

bello sexo; ¿no podia con ese título conocer al caballero de Planto? Tales eran las reflexiones á que se entregaba nuestro magistrado continuando su camino hácia la calle Mayor, cuando se le ocurrió que aquella era la hora en que M. Bolné acostumbraba á pasearse por ella, y resolvió tantearle un poco, como él decia. Justamente el hombre bajaba la calle, saludando á todas partes, acercándose á uno y otro contento y risueño. Nuestros dos personajes estarían separados por una distancia de cincuenta pasos, cuando M. Bolné distinguió al juez, y poniéndose pálido se volvió y quiso tomar una calle lateral.

— Muy grave es esto, muy grave, se dijo el juez; y luego corrió hácia el supuesto cómplice del caballero, le llamó por su nombre y le obligó á pararse.

M. Bolné estaba aterrado, daba compasion ver como saludaba. Parecia querer sonreír y sus ojos le saltaban dentro de sus órbitas, sus labios se contraían espasmódicamente y sus dientes rechinaban.

— Muy caro os vendeis, hace ya muchos dias que no os han visto pasar bajo mis balcones, le dijo el juez lanzando sobre su víctima una terrible mirada. ¿Qué pálido estais! ¿Os habeis puesto malo súbitamente?

— No, no, un temblorcillo de nada, he estado indispuerto algunos dias, pero, á Dios gracias, voy mejor ahora.

— ¡Ah! ¿habeis debido guardar cama? prosiguió el otro; ¿y cómo puede ser cuando me ha parecido veros últimamente en el baile de la Redoute?

— Es verdad, pero al otro dia tuve que guardar cama, me repitieron los ataques. Sin embargo, he mejorado.

— Entónces no dejaréis de asistir al próximo baile; será el último, y dicen que será muy brillante; me prometo veros allí, con que, buen ánimo.

— Iré, iré, respondió de lejos M. Bolné á su interlocutor con un tono doliente.

Y luego se decia:

— Este sospecha algo; sabe ya la exclamacion de la cantatriz. Parece que ya se restablece, pero una sospecha que entra en el alma de un espía no sale tan pronto de ella. Me mandará vigilar seguramente; la policia secreta andará siempre detrás de mí; ya no podré dar un paso, ni decir una palabra sin que él lo sepa y lo comente. ¡Dios me tenga en su santa gracia! Me he vuelto un sér peligroso, un miserable en guerra con la sociedad, yo que vivia sosegado y dichoso como Guillermo Tell antes de que le hubiese puesto en música Rossini.

Tal era el monólogo que pronunciaba el infortunado Bolné, y el miedo iba en aumento, sobre todo cuando se puso á reflexionar en la singular pregunta del juez acerca del próximo baile de la Redoute.

— Sin duda se figura que no me atreveré acercarme á la Bianetti, porque no me lo permitirá mi conciencia. Sin embargo, tengo que ir á destruir esas sospechas que se acumulan en torno mio. Pero cuando esté á su lado ¿no sentiré un temblor nervioso pensando que pueden imaginarse que soy culpable, y que el miedo y los remordimientos deben hacerme temblar?

Dia y noche el pobre infeliz se atormentaba, y estas horribles preocupaciones no le dejaban un momento de reposo. Se acordó de que un ilustre filósofo ha demostrado que se puede tener miedo del miedo, y creia hallarse en tal estado.

Pero Bolné conocia tambien que debia tener ánimo para poder hacer frente al peligro, y en su consecuencia se mandó hacer un soberbio traje de bajá de Janina, se le puso todos los dias, y delante de un espejo se ejercitó en lanzar por las aberturas de su careta las miradas mas atrevidas. Luego tomó un maniquí, le vistió con su bata y le sentó en un sillón; el muñeco figuraba la Bianetti. Vestido de bajá daba vueltas en su rededor acercándose y tratando de decir sin tartamudear:

— Señorita, me alegro veros tan bien restablecida.

Al cabo de tres dias sabia su leccion de memoria y la decia sin temblar; pero entónces se impuso una tarea mas difícil. Para probar ostensiblemente la calma de su inocencia, resolvió ofrecer á la cantatriz un platillo de dulces y una copa de ponche, y con este fin se ejercitó en llevar un vaso de agua colocado sobre una bandeja. Al principio el vaso vacilaba sobre la bandeja sostenida con mano temblorosa, pero en breve Bolné pudo dominar tambien esta emocion, y decir con seguridad y galanteria:

— Señorita, ¿tendréis á bien tomar un par de dulces y un vasito de ponche?

Los ensayos marchaban perfectamente; nadie, ni aun el juez de instruccion, le habria visto temblar; el bajá de Janina se sentia amado de un valor á toda prueba.

El doctor Lelong no quiso ceder á nadie la noche del baile el gusto de hacerse el caballero sirviente de la cantatriz, favor que esta le concedió con alegría, sin parar su atencion en el aire poco contento del maestro. Pero ¿no debia mucho agradecimiento al doctor por sus cuidados incansables, por el afecto paternal que habia mostrado con respecto á ella? Del brazo entraron pues en los salones de la Redoute; la Bianetti mas hermosa que nunca, y el doctor rebosando de júbilo con tan graciosa é interesante pareja.

Los habitantes de Gerolstein son muy particulares. En los primeros dias se habian cansado de hablar mal de la cantatriz, y esto no solo sucedió en las casas mas humildes, sino en los círculos mas aristocráticos. Pero en cuanto algunos hombres muy considerados tomaron á la Bianetti bajo su proteccion, y en cuanto algu-

nas señoras de elevada alcurnia se pronunciaron en favor suyo, se puso á la moda defenderla y ensalzarla hasta las nubes. El viento habia cambiado y los de Gerolstein conmovidos fuertemente cuando supieron las desgracias de la cantatriz, estuvieron á punto de iluminar sus casas para solemnizar el restablecimiento de la Bianetti. No es de extrañar, pues, que la cantatriz fuese recibida en la Redoute como la reina de la fiesta. La gente abrió calle para verla pasar, y su alegría se demostraba con gritos, bravos y palmadas, lo mismo que cuando cantaba alguna pieza difícil en el teatro. El doctor tuvo tambien su parte en este triunfo.

— Mirad, mirad, decian; ahí está el sabio, el ilustre médico; él nos la ha conservado.

La cantatriz agradecia sobre manera aquellos testimonios de afecto, tanto que aturdida por los murmullos de aquellos que acudían á felicitarla, estuvo para olvidar el proyecto que la habia llevado al baile; pero en breve la vista de cuatro robustos dominós que seguían sus pasos, y mas aun las preguntas del doctor de si veía los ojos penetrantes del caballero, la recordaron el objeto de su presencia en aquellas salas.

El doctor llamó la atencion de su compañera hácia un turco largo y delgado que se deslizaba siempre por donde ella iba, y que por mas que el movimiento, el flujo y reflujo de la muchedumbre le separaban de ella, volvía á presentarse con mas encarnizamiento.

La cantatriz asustada estrechó el brazo al doctor, y le dijo temblando:

— ¡Su estatura es esa!

Sin embargo, el bajá se acerca de nuevo y vino derecho á ellos; la pobre jóven se suspende al brazo de Lelong... su enemigo estaba allí, junto á ella... sus ojos pequeños, penetrantes, fijos, la miraban á través de su careta, y una voz temblorosa la dijo:

— Señorita, me alegro veros tan bien restablecida.

La cantatriz sentia que la faltaba el aliento; el turco no parecia ménos conmovido, pero al fin retrocedió y se perdió entre la muchedumbre.

— ¿Es él? preguntó el médico; calmaos, es preciso obrar con la mayor prudencia.

— No puedo decirlo todavía, respondió ella, pero creo haber reconocido sus ojos.

El doctor mandó á los cuatro dominós que no perdieran de vista al bajá, y luego siguió su camino con la dama. Pero apenas habian dado un par de vueltas por el salon cuando se presentó de nuevo el turco. Esta vez sin embargo, se mantuvo á cierta distancia observando á la cantatriz.

Lelong llevó la jóven hácia el ambigú para hacerla tomar un vaso de refresco que pudiese reponerla de su espanto, cuando al volverse encontró de nuevo al turco junto á ellos. Ahora el personaje sospechoso llevaba en la mano un plato de dulces con un vaso de ponche; al acercarse á la Bianetti sus ojos brillaban con una luz sombría, y el vaso bailaba en el plato, produciendo choques singulares. Héle ya al lado de su victima fascinada, adelantando el plato y diciendo:

— Señorita, ¿tendréis á bien tomar un par de dulces y un vasito de ponche?

La cantatriz no le deja tiempo para mas; pálida y trémula rechaza el plato y exclama:

— El es, él es, mi asesino que quiere envenenarme.

Cuatro pares de manos vigorosas se apoderaron del bajá inmóvil y silencioso. Un rayo que le hubiera herido no le habria dejado mas consternado; parecia que habia renunciado á toda idea de defensa.

El doctor hizo una señal al maestro Boloni, le confió la cantatriz y siguió al preso escoltado por los agentes de la policia. Cuando llegó al pié de la escalera y se estaba poniendo la capa sintió que le tiraban de ella, se volvió y se halló con el jorobado de la fonda de Portugal pálido como un cadáver y que le decia muerto de miedo:

— Por el amor de Dios y de todos los santos, señor doctor, os suplico que me sigais al n.º 53, el diablo se quiere llevar el alma del viajero francés.

— Llévete á tí tambien; ¿qué me quieres? exclamó el doctor encolerizado, y deseoso de llegar con el preso al despacho del comisario de policia donde debia tener lugar el primer interrogatorio.

— Venid, venid, decia el jorobado llorando, quizá podréis salvarle; es vuestro deber, sois el médico de los pobres, nombrado y designado por la ciudad, y tenéis que acompañarme. ¡Ah! bien os he buscado.

El doctor se calló, conoció que no evitaria aquel trabajo, y siguió al importuno resignándose.

(Se concluirá.)

### El monte de Saou.

Esta comarca, estudiada hace mucho tiempo por los geólogos y por los viajeros, no ha sido explorada aun por los artistas, y sin embargo, mereceria llamar su atencion.

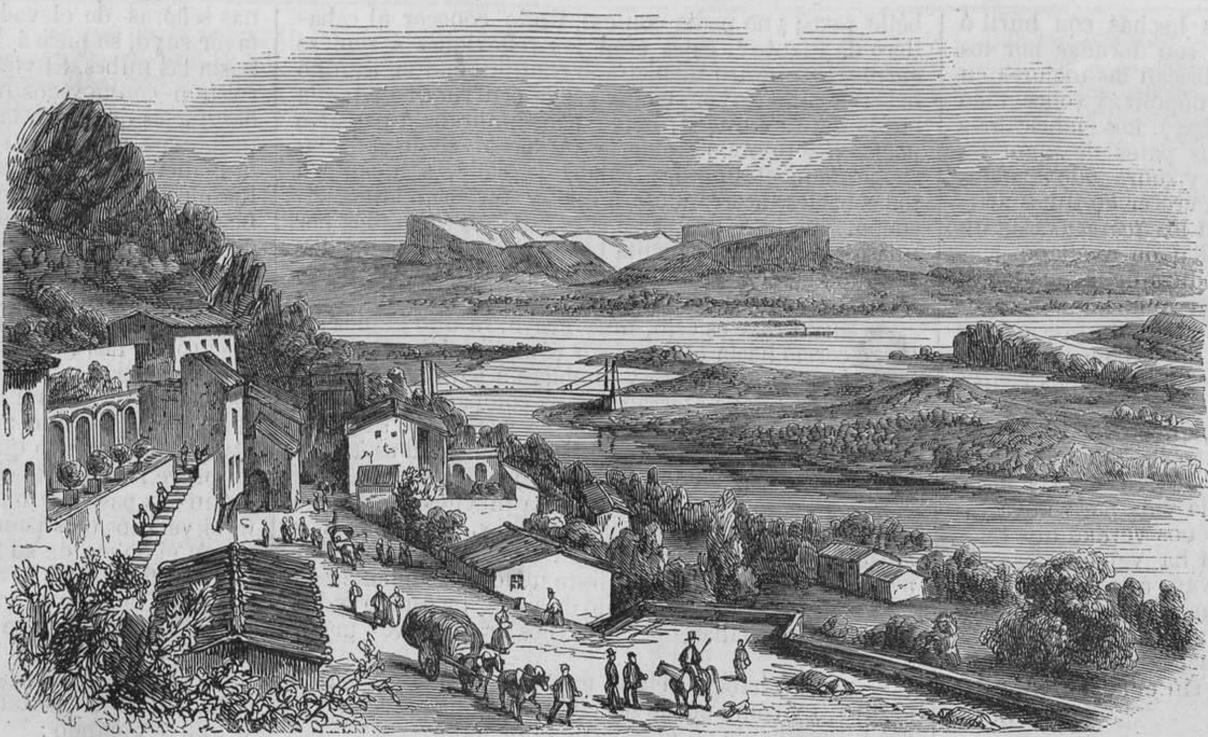
Vamos á tratar de darla á conocer, añadiendo algunos detalles á la interesante descripcion que ha hecho de ella M. Scipion Gras, ingeniero de minas en su *Estadística mineralógica del departamento del Drome*.

« Se da el nombre genérico de monte de Saou, dice, á un espacio de montañas que forma parte de un alzamiento paralelo á los Pirineos y á los Apeninos. Lo que tiene de mas característico, es el valle singular que nos ocupa. Este valle tiene la forma de una elipse larga

cuyo eje principal forma al Oeste del meridiano un ángulo de 77 á 78 grados; el eje pequeño no tiene mas de tres kilómetros de largo. A sus extremidades se abren irregularmente dos desfiladeros que dan salida á las aguas. Desde lo alto de la extremidad oriental llamada *Roche-Courbe*, se domina á lo lejos toda la comarca; es el punto mas favorable para juzgar de su aspecto físico, y abrazar de una ojeada todo lo mas notable de su estructura. »

Sin embargo, solo á cierta distancia de esas rocas se puede estudiar el conjunto de su desarrollo.

Damos aquí una vista lejana del monte de Saou considerado en su parte septentrional, tal como se presenta desde las alturas de la aldea de Beauchastel, situada en la vista derecha del Ródano en la confluencia de este rio y del Erioux. La



El monte de Saou. — Vista tomada en la confluencia del Erioux y del Ródano.

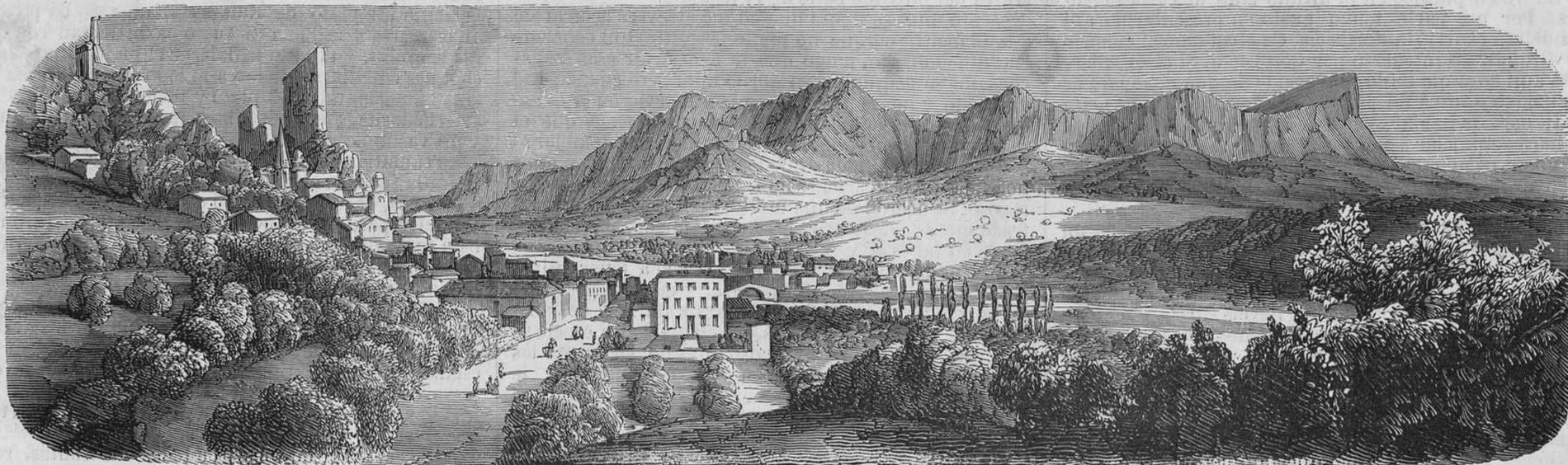
parte meridional ofrece tambien una magnífica cadena de rocas que desde la aldea de Bourdeaux, situada en el valle del Roubiou se presentan con una amplitud de líneas que recuerdan algunas de las perspectivas que ofrecen las vastas mesetas del Thibet.

En efecto, se diría que esa larga cadena de rocas que cierran el horizonte con sus cuevas perpendiculares, sirve de sosten á una meseta inmensa; hace algunos años se mostraban aun las altas copas de los árboles del monte encima de esas rocas, como un friso de esmeraldas, pero esas riquezas seculares de una vegetacion poderosa han desaparecido en gran parte, mandadas cortar por los diferentes dueños que se sucedieron rápidamente en el disfrute y la explotacion de ese antiguo monte.

En otro tiempo este monte pertenecía á la abadia de



Vista general de las montañas que llaman el monte de Saou.



Vista de las rocas del monte de Saou, tomada de la aldea de Bourdeaux.

Saou de la que solo quedan algunas ruinas poco interesantes. La construccion de esta abadia debia ser anterior al siglo XII, segun los vestigios actuales.

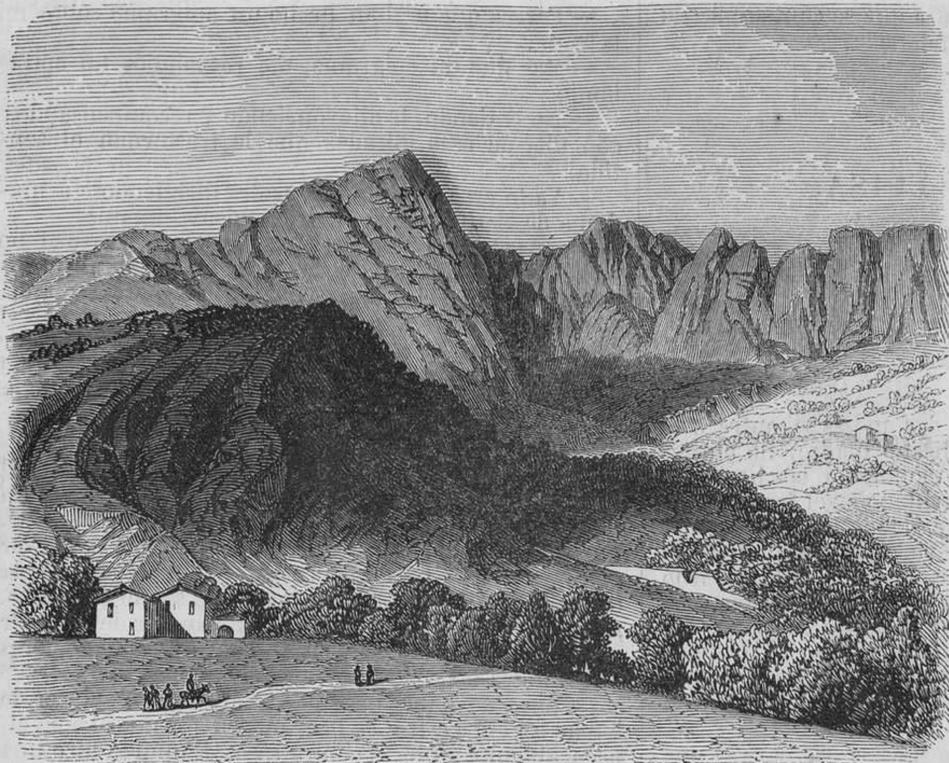
Nada puede verse mas pintoresco que el aspecto del pequeño valle de Saou cuya aldea central se halla dominada por un pico de roca parecido al monte Aguja, aunque ménos elevado. Detrás de la aldea hay un castillo con cuatro torreones perteneciente á M. de Bonfils, y mas allá de esta posesion el valle se estrecha y solo ofrece praderas peladas, pues las ráfagas de viento son tan fuertes en sus gargantas profundas que ni aun los árboles pueden resistirlas. Sin embargo, nos hallamos aquí á la entrada del monte; a pocos pasos de distancia por entre una naturaleza silvestre el estrecho desfiladero desembocará



El valle de Saou hácia la entrada del monte.

en el centro del espacioso territorio que ántes encerraba uno de los bosques mas hermosos del Drome. Al principio solo se ven praderas húmedas y colinas peladas; pero á poca distancia se encuentran ya altos matorrales en las cuevas y luego se ven robles, abetos y otros árboles.

La masa principal de las rocas pertenece á la formacion inferior de los terrenos cretáceos; los calcáreos de Fons de Oresse que reproducimos tambien en un dibujo, presentan por intervalos un guijarro cuyos variados matices recuerdan el jaspero y el pórfido. Hablando de las arenas cuarzosas que pueden utilizarse para la cerámica, de la ulla y otras sustancias minerales preciosas para la industria, el autor de la obra ya citada se expresa en estos términos.



El valle de Oresse.

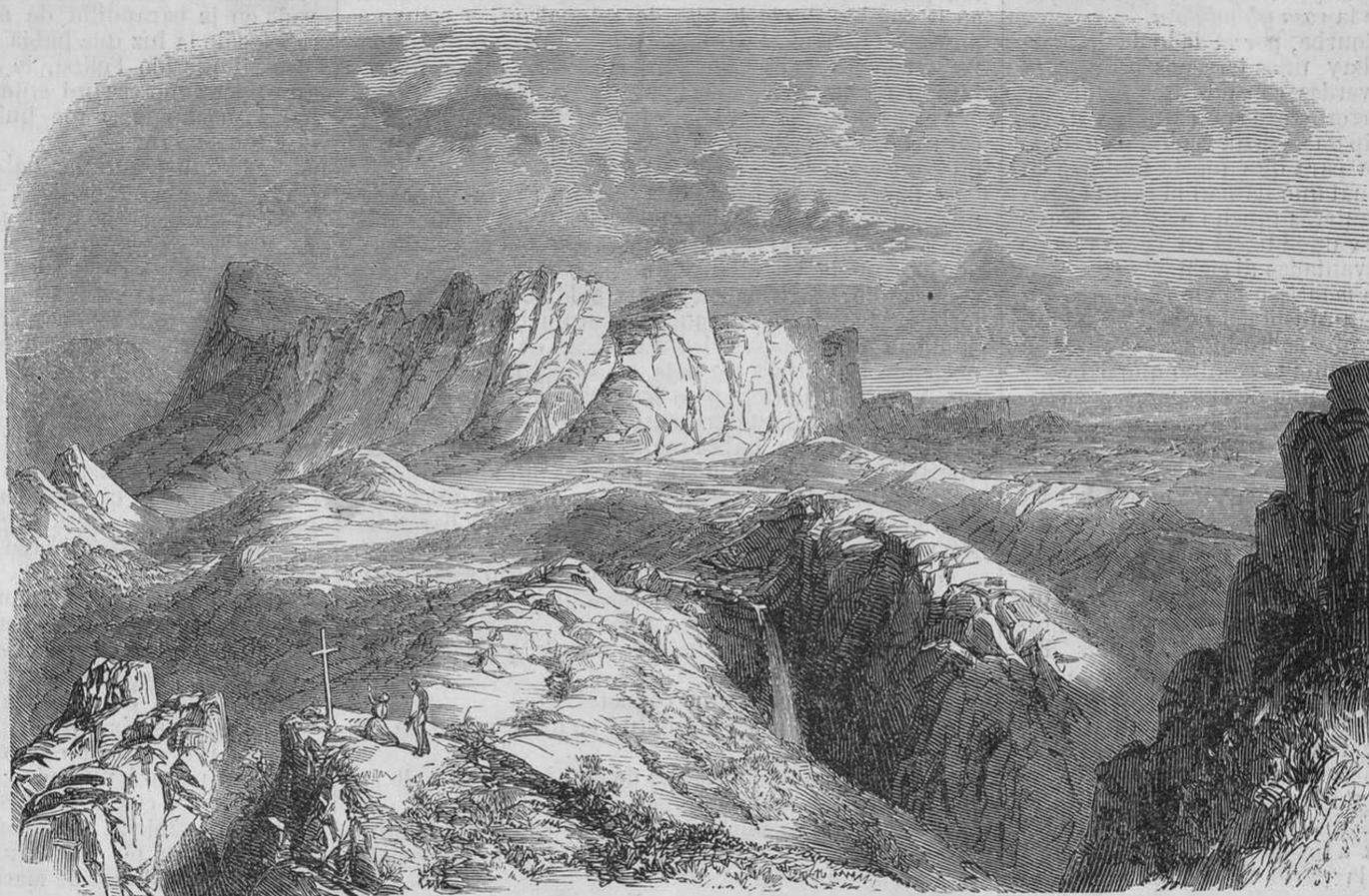


El paso de Lauzun.

« Todas las sustancias útiles que acabamos de indicar se encuentran en medio del monte de Saou, donde exceptuando la lignita, son aun muy poco conocidas.

» Las gredas plásticas no alimentan allí mas que una ó dos alfarerías, cuyos productos no dejan de ser notables; las arenas cuarzosas, aunque muy buenas, todavía no se han empleado en nada, y lo mismo sucede con los exquisitos piritosos y aluminosos que abundan en algunos puntos. Las materias carbonosas han sido exploradas hace algunos años, y resultan muy buenas esperanzas. »

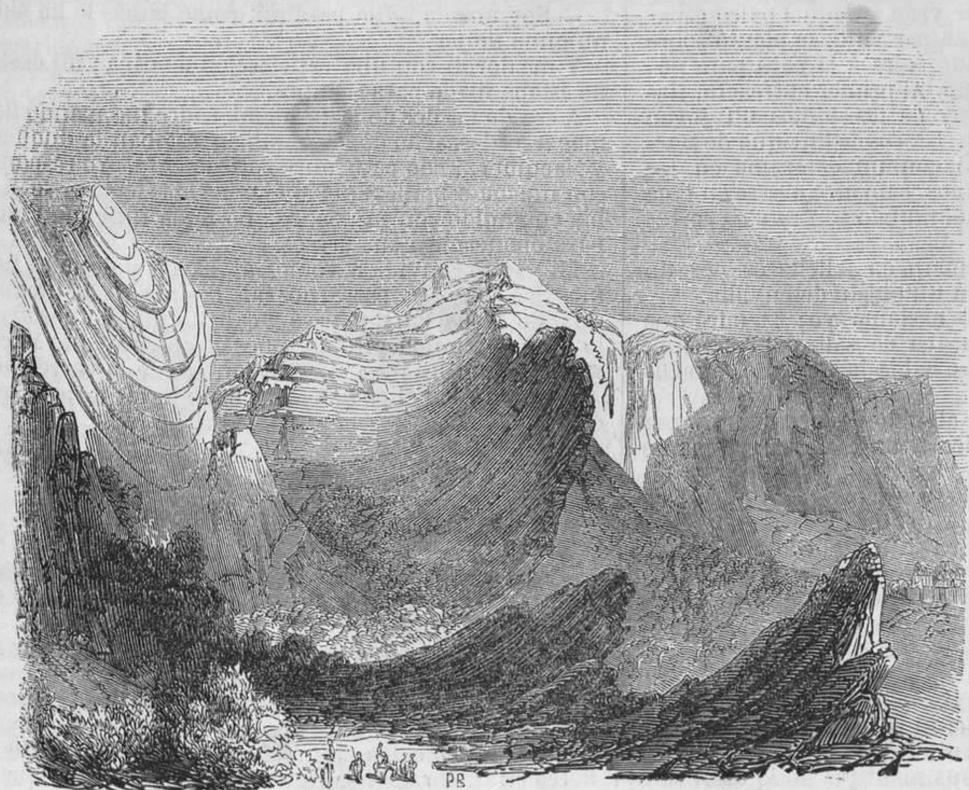
Ha e poco tiempo se ha establecido una fábrica de porcelana en ese monte, pero no encontrándose allí todo lo necesario para esa fabricacion, se cerró el establecimiento, y quizá se convertirá en alfare-



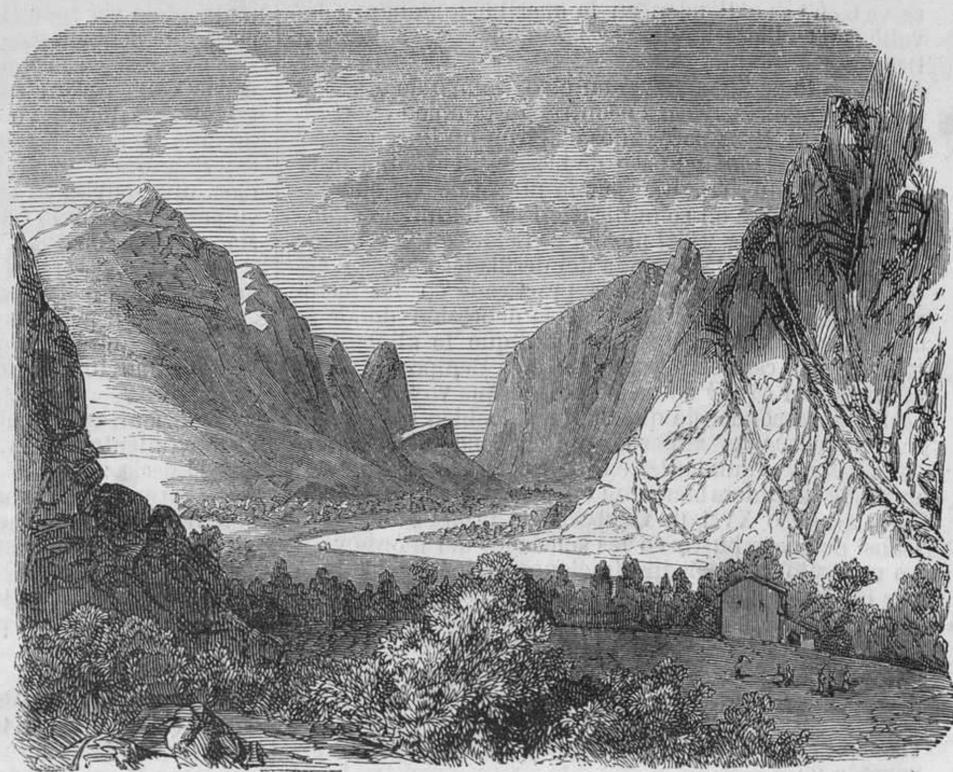
Los Tres Picos.

ría. M. Cremieux, ex-ministro de la Justicia, es el dueño actual de esa parte del monte de Saou; á él se debe la hermosa carretera que existe desde la entrada del monte hasta los Girards, donde se halla la posesion mas importante.

En las colinas próximas crece en abundancia la primera flor que nace despues del invierno, la hepática, y en las partes mas sombrías se encuentra con frecuencia la belladona, esa planta tan temible y tan preciosa que seguramente entre todos los vegetales de Europa que emplea la medicina, es el que ha tenido mejor éxito para un mayor número de enfermedades. Muchas obras se han escrito sobre ese arbusto. « El nombre que tiene actualmente, dice el doctor Fabre, en su *Diccionario de ciencias médicas*, pro



El paso de Lestang.



El paso de Saou.

viene, según dicen, de que en cierta época las señoras italianas se lavaban la cara con su agua destilada, ó mas bien se coloreaban las mejillas con el jugo del fruto de esa planta para adquirir atractivos de que carecían.»

El doctor Gautier en su *Manual de las plantas medicinales* habla también de la belladona, y dice que los casos de envenenamiento operados con las bayas de esa planta son muy numerosos. Las personas que comen cierta cantidad parecen en un principio atacadas de locura. Bulliard cuenta que catorce niños de la Pitié, se envenenaron en París en 1773 con el fruto de la belladona que cogieron en el Jardín de Plantas. También se envenenaron con él ciento cincuenta soldados franceses. Después del empleo del emético, el agua iodurada y el ópio son su contraveneno mas seguro.

En la parte mas elevada de las rocas del monte de Saou, mucho mas arriba de la region de los árboles en las hendiduras de la meseta culminante que llaman Roche-Courbe, los naturalistas han reconocido dos plantas muy raras.

La una es un clavel-enano, casi sin tallo, cuyo cáliz se eleva del seno de una roseta de hojas resistentes, y la otra es un renúnculo de flor blanca con un collar de hojas parecidas á las bracteas que sale de enmedio del tallo, como en el renúnculo thora pero cortadas como en las anémonas. Es quizá una variedad del *ranunculus rutafolius*, del que ciertos botánicos han querido hacer un género particular.

Abajo y en las orillas de las rápidas cuestas de esa cumbre crecen también los orquíseos de olor, la erina de los Alpes, muchas especies de saxifragas, y sobre todo un agabazo purpurino, de pétalos muy anchos y de cáliz largo que crece espontáneamente en la zona donde se mezclan las hayas y los abetos y que me parece ser una variedad de la *rosa glandulosa*.

A la falda de Roche-Courbe, por el lado de la garganta de la Chaudiere hay unos terrenos pedregosos poblados de cicindelas verdes con puntitos blancos y reflejos metálicos, de langostas rojas ó azules, y de diferentes familias de mariposas.—Esta region de montañas es ya bastante cálida para que pueda hallarse en ella ese insecto tan original que llaman la manta religiosa, y cuyas patas delanteras mucho mas largas que las otras se repliegan y se unen hácia su cabeza como unas manos cruzadas levantadas al cielo.

El nombre de *manta* ó *mantis* que viene del griego, significa *adivino*, y un naturalista del siglo XVII, Moullet, dice en una monografía sobre la *manta* religiosa: « Cuando un niño le pregunta el camino que debe seguirse le indica extendiendo una de sus patas, y se engaña rara vez, ó nunca. » En el Mediodía de la Francia llaman á estos insectos *prega-Diou* y entre los hotentotes les rinden una especie de culto.

Pero ya hemos hablado bastante de los *ermes* de esas montañas. (Llaman *erme* en la comarca un lugar inculto y deshabitado). Esta palabra proviene evidentemente del griego *eremos* que significa *desierto*.

La garganta de la Chaudiere situada allí cerca es un verdadero desierto, pero un desierto sin horizonte profundamente encajonado entre dos altas montañas, Roche-Courbe y Cousseau. Detrás de ellas se extiende una mar alborotada de elevados picos, despeñaderos, agujas peladas y promontorios de verduras que llenan todo el espacio desde el valle de S. Nazario hasta el de Luc-en-Diois.

A poca distancia de esta garganta y en las alturas que conducen á la de Espenel, se ofrece una vista silvestre y risueña á la vez á los ojos del viajero, á cuyo frente se eleva entonces la parte de las rocas de Saou que está mas erizada de puntas, dientes, crestas y cordaduras; es la parte que llaman *los Tres Picos*. Debajo de esas pendientes gigantescas el terreno está lleno de cuestas y hondonadas, y luego sobre esas desigualdades sombrías mas allá de las líneas de primer término, se ve como se extienden en la apacible lontananza del valle las fértiles llanuras y las opulentas colinas del Drome.

El monte de Saou sirvió en otro tiempo de abrigo á los malhechores, y se encontraban también en él algunas fieras. Hace pocos años mataron un lince en esas rocas por el lado del paso de Lestang, garganta muy corta, pero muy singular por la rareza de sus quebraduras, que pone en comunicacion las llanuras del dominio de Lestang y del pueblo de Celas con el pequeño valle de Saou. A la entrada del desfiladero hay un estanque; una larga abertura practicada en los terrenos cercanos, hasta el nivel de la depresion donde se acumulan las aguas de manantial que le alimentan, le ha dejado casi seco, pero en otro tiempo fué muy afamado por causa de un fenómeno que voy á señalar aquí sin responder de que haya sido bien observado: se supone que las aguas de ese pequeño lago se mostraban muy abundantes en los años secos, y que disminuían considerablemente en los tiempos de lluvia.

En el siglo XVII una especie de profetisa llamada Isabel de Saou, buscó en las soledades del monte vecino un asilo para sus inspiraciones excitadas sin duda por las persecuciones religiosas de aquella época.

El paso de Lauzun que se abre sobre el valle de Acuste, cerca del cual corre el Drome es un desfiladero mucho mas estrecho aun que el paso de Lestang. Los derumbaderos colosales de las montañas que forman el recinto del monte de Saou se hallan tan cerca unos de otros en ese lugar que apenas dejan sitio para un arroyuelo y un camino, y aun este en un buen trecho se halla completamente cortado á pico. El arroyuelo se precipita por esa salida de una altura de unos treinta

metros, y cuando las aguas van crecidas resalta una cascada bastante pintoresca para que se contemple con gusto desde el fondo de la hondonada.

A. M.

## ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

## XXIV.

DE LA SEÑORITA DE CHAULIEU Á LA SEÑORA DE LA ESTORADE.

Octubre de 1824.

Querida amiga: Tú que en dos meses te entregaste á un infeliz de quien te has hecho madre, no puedes comprender la menor cosa en cuanto á las horribles peripecias de ese drama representado en el fondo de los corazones que llaman el amor, donde todo en un instante se hace trágico, donde se ve la muerte en una mirada, en una respuesta dada á la ligera. He querido someter á Felipe á una última prueba, decisiva pero terrible; he querido saber si me amaba ante todo y por todo; y durante una noche entera se ha paseado conmigo bajo los tilos en lo último de nuestro jardín, sin que en su alma haya yo descubierto ni la sombra siquiera de una duda.

Al día siguiente me amaba mas, y era para él una mujer tan casta, tan grande, tan pura como la víspere; el paseo no le produjo la mas ligera ventaja. ¡Oh! es un español hasta el fondo del alma. Subió por mi pared para venir á besarme la mano que yo le alargaba en la sombra desde lo alto de mi balcon, y estuvo á punto de caerse. ¿Cuántos jóvenes harían otro tanto? Pero todo eso no es nada, los cristianos sufren horribles martirios para ganar la gloria.

Anteayer noche llamé á parte al futuro embajador del rey en la corte de España, mi señor padre, y le dije sonriendo:

— Padre mio, oid bien esta historia: para un corto número de amigos casais con el sobrino de un embajador á vuestra querida Armanda, á quien ese embajador deseoso de tal alianza que pasó mendigando mucho tiempo, asegura por contrato de boda su inmensa fortuna y sus títulos despues de su muerte, dando desde luego á los esposos cien mil libras de renta y reconociendo á la futura un dote de ochocientos mil francos. Vuestra hija llora y se desconsuela, pero se doblega bajo el ascendiente irresistible de vuestra majestuosa autoridad paterna. Habrá malas lenguas que digan que vuestra hija oculta bajo sus lágrimas un alma interesada y ambiciosa; las dejaremos que digan lo que quieran. Esta noche vamos á la Opera, y el señor baron de Macumer vendrá á visitarnos al palco.

— Hija mia, respondió mi padre, puedo estar muy tranquilo sobre tu porvenir; serás dichosa, no amarás á nadie y permitirás que te amen.

Al oír esto no pude menos de reirme, y mi padre me preguntó:

— ¿De qué te ries, niña coqueta?

— Pienso con cierta inquietud en los intereses de mi país... en Madrid.

— Esta religiosa en menos de un año se burla de su padre, dijo á la duquesa.

— Armanda se burla de todo, respondió mi madre.

— Es tiempo de casarla, dijo el duque, lo que espero se hará antes de mi salida.

— Como gustéis, le respondí sencillamente.

Dos horas despues mi madre y yo, la duquesa de Maufrigneuse y madama de Espard, estábamos como cuatro rosas en la delantera del palco. Yo me habia puesto de lado enseñando un hombro al público, y pudiéndolo ver todo sin ser vista en aquel palco espacioso que ocupábamos. Macumer vino, se plantó sobre sus piernas y se echó los anteojos á la cara para poderme contemplar á su gusto. Al primer entreacto, llegó el que llamo yo el rey de los tontos un joven de una belleza femenina. El conde Enrique de Marsay se anunció en el palco con un epigrama en los ojos, una sonrisa en los labios y un aire alegre en toda su persona. Saludó á todo el mundo con mucha cortesía, y luego me dijo:

— Ignoro si seré el primero en felicitaros por un acontecimiento que os hará un objeto de envidia.

— ¡Ah, un matrimonio! exclamé yo; ¿tendrá que enseñaros una joven que acaba de salir del convento, que los matrimonios de que habla la gente no se realizan nunca?

M. de Marsay se inclinó al oído de Macumer, y por el movimiento de los labios comprendí perfectamente que le decia:

— Baron, acaso amais á esa niña coqueta que juega con vos; pero como se trata de un matrimonio y no de una pasión, es menester saber á punto fijo lo que pasa.

Macumer lanzó al joven oficioso una de esas miradas que son todo un poema, y le contestó con algo parecido á esto:

— Yo no amo á ninguna niña coqueta, pero se lo dijo con un aire que me dejó extasiada. Felipe no ha experimentado el menor temor, ni la menor sospecha; ha realizado todo cuanto esperaba de su carácter: solo en mí tiene fé; el mundo y sus mentiras no le alcanzan. No meneó los párpados; el color de su sangre azul no coloreó su rostro moreno.

Cuando salió M. de Marsay, dije riendo al baron:

— Parece que os han hecho un epigrama sobre mi persona.

— Mas que un epigrama, me respondió, un epitafio.

— No entiendo, le dije sonriendo y recompensándole con una de esas miradas que le trastornan el sentido.

— Ya lo creo, exclamó mi padre dirigiéndose á madama de Maufrigneuse; corren chismes infames.

En cuanto una joven se presenta en la sociedad no se habla mas que de casarla, y se inventan absurdos que es lástima oírlos. Nunca daré un marido á Armanda contra su voluntad. Quiero pasearme un rato por el salon de descanso, pues se creeria que dejo circular la noticia para infundir la idea de este matrimonio al embajador, y la hija de César debe inspirar aun menos sospechas que su mujer que no debe inspirar ninguna.

La duquesa de Maufrigneuse y madama de Espard miraron primero á mi madre y luego al baron con un airecillo sardónico lleno de interrogaciones contenidas. Aquellas finas calebras han concluido por entrever alguna cosa. De todas las cosas secretas el amor es la mas pública, y las mujeres le exhalan, según yo pienso. Así para ocultar bien la pasión, una mujer debe de ser un monstruo. Nuestros ojos son aun mas habladores que nuestra lengua.

Despues de haber disfrutado del singular placer de hallar á Felipe con toda la grandeza que deseaba en él, naturalmente ambicioné otra cosa. Entonces hice una señal conocida para decirle que se llegara á mi balcon por el peligroso camino que ya sabes.

En efecto, algunas horas despues le encontré derecho como una estatua, pegado á la pared con la mano apoyada en la barandilla de mi balcon y estudiando los reflejos de la luz que habia en mi cuarto.

— Mi querido Felipe, le dije, vuestra conducta de esta noche merece mi entera aprobacion; lo mismo habria hecho yo si me hubiesen dicho que estabais á punto de casaros.

— Me figuré que me habriais instruido ántes que á los demás, me respondió.

— ¿Y qué derecho teneis para aspirar á un privilegio semejante?

— El de un servidor decidido.

— ¿Lo sois de veras?

— Sí, me contestó, y no cambiaré nunca.

— Entonces quiere decir que si ese matrimonio fuese necesario, si yo me resignara...

El dulce resplandor de la luna se encendió con las dos miradas que lanzó primero sobre mí, y luego sobre el abismo que nos hacia el muro; me pareció que se preguntaba si podíamos morir juntos arrojándonos desde el sitio en que estábamos; pero despues de haber brillado ese sentimiento como un relámpago sobre su rostro, fué comprimido por una fuerza superior á la de la pasión.

— Todo español es hombre de palabra, dijo con una voz ahogada; soy vuestro servidor y os pertenezco, viviré siempre á vuestras órdenes.

La mano que habia clavado en el balcon me pareció que flaqueaba, y yo puse la mia encima, diciendo:

— Felipe, amigo mio, por mi sola voluntad soy vuestra mujer desde este instante. Mañana vendréis á pedir mi mano á mi padre; quiere conservar mi fortuna, pero os comprometeréis á reconocerla en el contrato sin recibirla, y seguramente aceptarán vuestra demanda. Ya no soy Armanda de Chaulieu; bajad prontamente, Luisa de Macumer no quiere cometer la menor imprudencia.

Se puso pálido, sus piernas vacilaron y se lanzó á la calle de unos diez piez de altura sin hacerse el menor daño; pero despues de haberme causado la mas horrible emocion me saludó con la mano y desapareció.

— Soy amada, dije para mí, como jamás lo ha sido ninguna mujer.

Y me dormí con una satisfaccion de niña; mi destino estaba fijado para siempre.

A eso de las dos de la tarde mi padre me mandó llamar á su despacho donde también estaban la duquesa y Macumer. Todo pasó muy cortesmente. Yo respondí con mucha sencillez que si el señor de Henares se habia entendido con mi padre, no tenia ninguna razon para oponerme á sus deseos.

Mi madre convidó á comer al baron y despues fuimos los cuatro á pasearnos al bosque de Boulogne. Cuando M. de Marsay pasó á caballo junto á nosotros, le miré con mucha ironía, pues él observó que Macumer y mi padre iban en el delantero de la carretela.

Mi adorable Felipe se ha mandado hacer tarjetas que dicen así:

HENARES

DE LOS DUQUES DE SORIA, BARON DE MACUMER.

Todas las mañanas me trae en persona un ramillete asombroso: ¿qué dices de este amor que se manifiesta prodigando flores?

Querida mia, ¿qué pasa en la Crampade donde me paseo tan á menudo examinando los progresos de nuestra agricultura? ¿No tienes nada que decirme de nuestras moreras, de nuestros plantíos del último invierno? ¿Sale todo á medida de tus deseos? ¿Se han abierto las flores en tu corazon de esposa al mismo tiempo que se abrieron las de nuestros jardines? ¿Continúa Luis su sistema de madrigales? ¿Estais ya bien de acuerdo?

¿Vale más el suave murmullo de tu arroyuelo de ternura conyugal que la turbulencia de los torrentes de mi amor? ¿Acaso estás incomodada, querida Elvira? No puedo creerlo, pues si fuera así enviaría a Felipe en posta á que me trajera tu perdón ó tu cabeza. Yo llevo una vida hermosa, y deseo saber si se vive tan bien en la Provenza. Acabamos de aumentar nuestra familia con un español de igual color que un cigarro de la Habana y espero que me felicites.

De veras, querida Elvira, estoy inquieta, temo que devores algunos padecimientos para no entristecer mis alegrías. Escríbeme con presteza algunas páginas donde me pintes tu vida hasta en sus últimos detalles, y dime si resistes siempre, si tu libre alvedrío está de pie ó de rodillas, ó sentado, lo que sería muy grave. ¿Te figuras que no me preocupan los incidentes de tu matrimonio? Todo lo que me has escrito me pone á veces mediatubunda. Con frecuencia cuando en la ópera fijaba los ojos en las bailarinas, me decía: Son las nueve y media, ahora se acuesta, quizá; ¿qué hace? ¿es dichosa? ¿se encuentra sola con su libre alvedrío, ó se ha ido ya su libre alvedrío donde se van todos?... Adios, paloma mía.

## XXV.

DE LA SEÑORA DE LA ESTORADE A LA SEÑORITA DE CHAULIEU.

Octubre.

¿Para qué te habia de escribir, Luisa? ¿qué te habria dicho? Durante esa vida animada por las fiestas, por las angustias del amor, por sus iras y sus flores que llevas tú, y á la cual asisto como á una pieza de teatro muy bien ejecutada, yo hago una vida monotonía y arreglada, una vida de convento. Al amanecer estamos de pie, y á las nueve estamos acostados. Hacemos todas nuestras comidas á hora fija; nunca ocurre el menor incidente, y he concluido por acostumbrarme á esta division del tiempo sin mucho trabajo.

Quizá es muy natural, pues ¿qué sería la vida sin esa sujeción á reglas fijas que, según dicen los astrónomos y mi marido, es la ley de los mundos? El orden no cansa nunca. Además, yo me he impuesto obligaciones de tocador con las que mato el tiempo desde que me levanto hasta la hora de almorzar; deseo presentarme hermosa por obediencia á mis deberes de mujer, y porque esto contenta al buen anciano tanto como á Luis.

Después del almuerzo damos un paseo, y cuando llegan los periódicos desaparezo para entregarme á mis faenas caseras, para leer, porque leo mucho, ó para escribirte. Vuelvo una hora antes de comer, y luego se reciben visitas ó se hacen. Así paso mis días entre un anciano dichoso, sin deseos, y un hombre á quien hago feliz. Luis está tan contento, que su alegría ha concluido por animar mi alma. La felicidad no debe ser sin duda el placer para nosotros. A veces por la noche, cuando no soy útil en el juego y me halló sentada en mi butaca, me figuro que entro en tu hermosa vida tan fecunda, tan variada, tan violentamente agitada, y me pregunto adónde te llevarán esos turbulentos prefacios y si no matarán al libro. Tú puedes tener las ilusiones del amor, querida mía, pero yo no tengo más que las realidades del matrimonio. Si, tus amores me parecen un sueño, y así me cuesta trabajo comprender porque quieres hacerlos tan novelescos. Deseas un hombre con más alma que sentidos, con más grandeza y virtud que amor; quieres que el sueño de las jóvenes se realice; pides sacrificios para recomendarlos, y sometes á tu Felipe á muchas pruebas para saber si el deseo, si la esperanza, si la curiosidad serán duraderos. Pero, hija mía, detrás de tus fantásticas decoraciones se eleva un altar donde se prepara un lazo eterno. Al siguiente día del matrimonio, el hecho terrible que cambia á la soltera en mujer y al amante en marido, puede destruir los elegantes edificios de tus precauciones y sutilezas.

No te critico aunque sea en verdad un poco ligero el hablar con don Felipe en el jardín, el interrogarle, el pasar una noche en tu balcon y él sobre el muro, pero te diré que juegas con la vida y temo que la vida juegue contigo. No me atrevo á aconsejarte lo que me sugiere la experiencia en provecho de tu felicidad, pero déjame repetirte del fondo de mi valle que la virtud del matrimonio se halla en estas palabras: resignación y afecto. Si, lo veo, á pesar de tus pruebas, á pesar de tus coquetterías y tus observaciones te casarás como yo me he casado: extendiendo el deseo se ahonda un poco más el profundo precipicio, nada más que eso.

¡Oh! cuánto daría por ver al baron de Macumer y por hablarle durante algunas horas, para conocer el destino que te espera.

## XXVI.

LUIA DE MACUMER Á ELVIRA DE LA ESTORADE.

Marzo de 1825.

Como Felipe realiza con una generosidad de gran señor los planes de mi padre y de mi madre, reconociéndome mi fortuna sin recibirla, la duquesa se porta conmigo aun mucho mejor que antes, y me prodiga los nombres más tiernos, ensalzando siempre en mí lo que ella llama mi astucia y mi agudeza.

— Pero, querida mamá, la dije, atribuí á la política,

á la astucia, á la habilidad, los efectos del amor más verdadero, más desinteresado, más puro que se ha visto nunca. No merezco el dictado de astuta en el sentido en que me le aplicais, madre mía.

— Vamos, Armanda, me dijo llevándome hácia sí y dándome un beso en la frente, no has querido volver al convento, no has querido permanecer soltera, y como una hija digna de los Chaulieu, has conocido la necesidad de levantar la casa de tu padre. (¡ Si supieras, Elvira, cuán lisonjero fué este dicho para el duque que nos oía!) Te he visto durante todo el invierno, estudiando con atención á todos los hombres, juzgándolos con acierto y adivinando el estado actual de la juventud francesa. Por eso has ido á descubrir un español que será capaz de dejarte hacer tu gusto; querida mía, las madres tenemos buenos ojos.

— ¡El convento de mi hermana es una escuela excelente! exclamó mi padre; pero yo le lancé una mirada que le cortó la palabra, y luego volviéndome hácia mi madre, la dije:

— Habéis de saber que yo amo á mi futuro Felipe de Soria con todas las fuerzas de mi alma, y aunque este amor haya sido muy involuntario y muy combatido cuando nació en mi corazón, os juro que sólo me abandoné á él cuando reconocí en el baron de Macumer un alma digna de la mía, un corazón en quien las delicadezas, las generosidades, el afecto, el carácter y sentimientos se hallaban de todo punto conformes con los míos.

(Se continuará.)

## Revista de la Moda.

SUMARIO. — La reina de Inglaterra en Paris. — Traje de la reina el día de su entrada en la capital. — Desengaño de los lugareños. — Preparativos de fiestas suntuosas en Saint-Cloud, en el Hotel de Villa y en Versalles. — Modas parisienses, modas de campo y modas de los baños. — Sobre la manía de los vestidos huecos. — Una jóven con once zagalejos. — Sportman y Jockey-Club. — De la elegancia de los vestidos blancos. — Sombreros y tocados á la Fontanges. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de baile.

La presencia de la reina de Inglaterra en Paris es para la moda una de esas solemnidades pomposas y brillantes que la obliga á ponerse á la altura de las fiestas que deben celebrarse. Nunca Paris ha presentado un aspecto más pintoresco que el día en que S. M. B. hizo su entrada en nuestra capital. Una muchedumbre inmensa, innumerable, incalculable llenaba el camino que debía recorrer la reina Victoria. Hasta en los tejados habia espectadores. Por desgracia la reina entró un poco tarde y no pudo sin duda distinguir bien esa poblacion aglomerada á su paso. Los lugareños se llevaron chasco; se prometian una entrada triunfal de reina como se acostumbra en los teatros, pero S. M. B. dió una nueva prueba de su buen gusto contentándose sencillamente con llevar un bonito vestido azul celeste y un sombrero de paja de arroz. Cuando se mostrará de toda gala será en las fiestas de Saint-Cloud, en el baile del Hotel de Villa y en la gran fiesta nocturna de Versalles.

En mi próxima revista hablaré de todas estas fiestas y de los prendidos más ricos y elegantes que se observen en ellas. Hoy tengo que contentarme con hablar de las diferentes modas de la actual temporada, á saber: modas parisienses, modas de campo y modas de los baños.

Las modas que se pasean en Paris son en extremo interesantes bajo el punto de vista de la crítica; cada nacion tiene una manera particular de llevar sus modas, bien que casi todas ellas emanen de Paris, pero seguramente no se creeria al ver las modificaciones ridiculas que han sufrido. Hay señoras forasteras que exageran de un modo grotesco la crinolina, porque sin duda han leído en los periódicos de modas que la crinolina está á la orden del día y que los vestidos deben ir huecos como una campana. Sin embargo, en Paris las señoras de elevada alcurnia no hacen uso de la crinolina. No dirémos por eso que la mayor parte de los prendidos que se ven por las calles no tengan proporciones gigantescas; el almidon desempeña hoy un papel principal en la toilette femenina; las enaguas se llevan tiesas como los antiguos tontillos. Me han hablado de una jóven que se pone doce zagalejos almidonados siempre que se viste, añadiendo: — Y puede hacerlo, pues tiene un dote de trescientos mil francos. En efecto, es hija de un agente de cambio; pero es bien digna de lástima una jóven que anda adornada completamente en sí su frescura y su gracia con esos adornos estrambóticos. Figurémonos esta linda jóven disfrazada con el traje de nuestras abuelas paseándose por las calles de un hermoso jardín. En vano una mariposa de alas diáfanas y tornasoladas andará volando de flor en flor como diciéndola: — Te desafío á que me cojas. — La pobre muñeca permanecerá fría é impasible como una matrona romana, y por toda distraccion solo tendrá la música armoniosa de sus once zagalejos almidonados que irán metiendo ruido con su roce.

Y los elegantes de Paris son cuando menos tan ridiculos como nosotras! Un dandy parisiense no abriga más que este deseo: ser sportman ó Jockey-Club. Ahora bien, esto quiere decir tener una chaquetilla con faldones recortados que ellos llaman frac, pero que es nada más que una chaqueta; un pantalon cuyas piernas reducidas á su última expresion parecen dos tubos de chimenea; un lente en el ojo izquierdo; un sombrero de paja (Panamá) en la cabeza, un cigarro en la boca, un junco en la mano, guantes de color de lila, un chaleco cargado de pelendengues, y un andar á saltitos y

ligero como el de esas aves de patas largas que se pasean con un orgullo sin igual por el Jardin de Plantas.

Los trajes de campo son todos muy graciosos; los vestidos blancos de muselina bordada tienen un éxito asombroso entre las mujeres elegantes. Hé aquí algunos que están haciendo furor entre la aristocracia:

— Un vestido de tafetan color de perla cubierto con dos faldas de muselina bordada, de las cuales la segunda se abre en forma de túnica y presenta un delantal de pequeños volantes de encaje de Chantilly con muchas cintas de color de perla. El corpiño es subido con pliegues fruncidos en los hombros y ligeramente entreabierto sobre el pecho; las mangas, de estilo Luis XVI, van adornadas con un doble volante de muselina bordada y encaje de Chantilly con lazos de cinta color de perla.

— Otro de muselina con cuatro volantes bordados sobre un transparente de tafetan azul celeste: cada volante de muselina va forrado con un volante de tafetan azul cortado en ondas redondeadas, y en los espacios de ellas hay un pequeño lazo mariposa de cinta de gasa. El corpiño es escotado y lleva un pañolito Antonieta anudado en medio del pecho con un lazo de cinta azul; las mangas son de estilo Luis XV.

— Otro de muselina bordada con cuatro volantes sobre un transparente de tafetan blanco. Sobre cada volante hay un rizado de cintas de tafetan blanco.

— Otro de muselina de las Indias con tres volantes en los cuales serpentea una cinta de color de lila; cada volante va cubierto con otro segundo volante de punto de Inglaterra.

Con estos vestidos tan frescos y aristocráticos se necesitan sombreros excepcionales, esto es, sombreros de mucho gusto y originalidad, como verbigracia los siguientes:

— Un sombrero de paja de arroz con una simple cinta azul arrojada por decirlo así á lo largo del ala; la guarnición de detrás va afollada y es de tul ilusion; por un lado y en la misma guarnición se abren dos lazos de cinta azul con dos puntas flotantes; el sombrero va adornado con flores Watteau de colores apagados y espigas de paja de arroz.

— Otro de paja lisa con cintas colocadas también sobre el borde del ala y cayendo de lado en puntas flotantes. A un lado se ve una hermosa rosa muy abierta con sus botones y sus hojas.

— Otro de paja belga con listas cruzadas de cinta de terciopelo negro, y cintas de lo mismo cayendo á la Fontanges; la guarnición es de encaje de Chantilly; al lado hay una gruesa flor encarnada.

— Otro de crespon azul adornado con volantes de Inglaterra y de encaje de Chantilly con Fontanges de cinta azul, y un rizado de plumas azules al borde del ala. Aun se ven los Fontanges de cinta en los tocados de campo, como en los sombreros Pamela; nada es más gracioso para el rostro que esos grandes sombreros de paja de alas ligeras que se mueven al capricho del aire. Se han querido hacer tocados de campo de jaconás, pero á pesar de sus bonitos nombres no han destronado los sombreros de paja; por más que se llamen tocados venecianos, bateleras, etc., la tela para la cabeza no vale jamás lo que la paja; la paja es flexible, se inclina y se columpia sin perder por eso su solidez, y en eso está el secreto de su boga.

Termino esta revista de modas con la descripción de nuestro figurin que representa varios trajes de baile fotografiados en Spa.

El primer traje se compone de un vestido de gasa de Chambery fondo blanco, de cuadritos menudos satinados con volantes de rayitas verdes. El corpiño es escotado y de pliegues griegos sostenidos en un pequeño cinturón; tirantes de cinta de tafetan verde terminados en el talle por un lazo de cinta de puntas flotantes; lazos de cinta sobre los hombros; manguitas cortas compuestas de dos volantes; tocado á la Valois adornado con flores Hortensia por detrás que llegan casi hasta el cuello; abanico Watteau; guantes blancos; brazaletes de piedras.

El segundo traje consiste en un vestido de tafetan color de rosa, con la falda adornada con tres gruesos rizados de tul color de rosa ilustrados de distancia en distancia por lazos de puntas cortas. Este mismo rizado se repite á la altura de las caderas como figurando una segunda falda. Corpiño escotado con una berta compuesta de tres rizados de tul adornados de cintas de tafetan color de rosa; mangas cortas con lazos sobre los hombros; tocado Lavaliere con un adorno de rosas caído por detrás.

En el tercer traje vemos un vestido de muselina blanca de pequeños volantes festoneados. Corpiño escotado con faldetas, y un pañolito berta cruzado por delante; las faldetas y la berta llevan en derredor un grueso rizado de muselina; todo el corpiño va adornado con cuatro lazos de cinta color de cereza. Tocado compuesto de bandós arrollados sobre sí mismos, con adornos de ramitas de geranio y lazos de terciopelo color de cereza. En el cuello una cintita de terciopelo sostenida con un corazoncito de diamantes; guantes de punto negro.

Cuarto traje: — Vestido de tafetan con volantes y corpiño escotado; manteleta de tafetan blanco, guarnecida de volantes cortados y adornados de pasamanería; tocado de capullos de terciopelo negro con corazón de azabache.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

## Restauracion del reloj del Palacio de Justicia en Paris.

En las crónicas del siglo XVI poseemos felizmente algunos recuerdos sobre el famoso reloj de la torre del Palacio de Justicia que ha sido restaurado hace poco

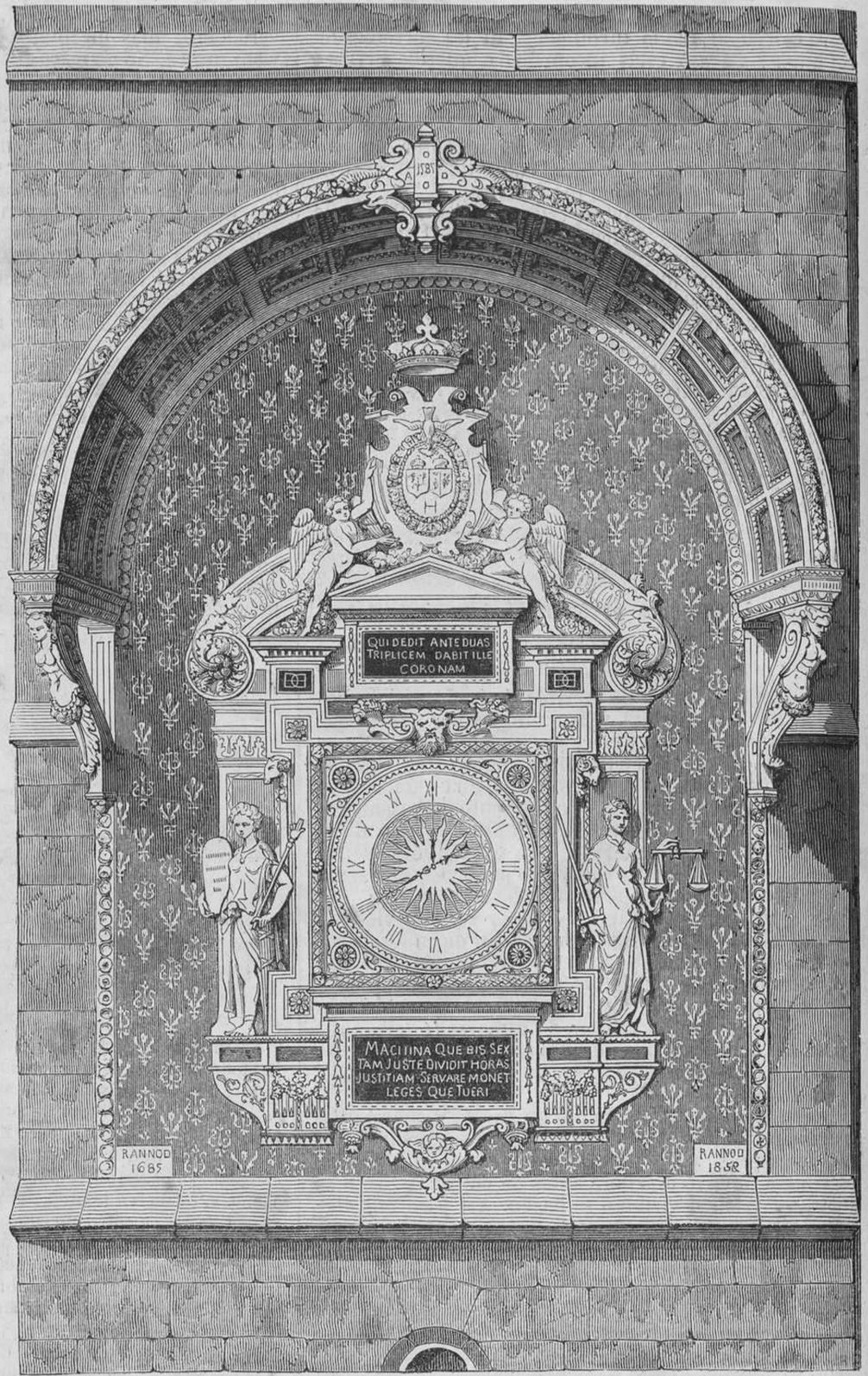
tiempo por los Sres. Duc y Dommev, arquitectos de las obras de este monumento.

En 1370, Carlos V mandó establecer en la torre del palacio el primer reloj grande que se vió en Paris, por el cual se media el tiempo de las sesiones del parlamento. Luego el rey mandó venir de Alemania á un obrero llamado *Enrique de Vic* á quien dió habitacion en la torre y un salario para que cuidara del monumento. Además del reloj habia en la torre una campana gruesa fundida en bronce en 1371 por Juan Jouvete, campana que solo se tocaba en las grandes ocasiones.

Los adornos del cuadrante que primitivamente estaba pintado y dorado en la pared de la torre, como lo atestiguan las señales que se conservan debajo del que hoy existe, se cambiaron reinando Carlos IX en todo un monumento historiado de finas esculturas pintadas y doradas que acaban de restablecerse hoy, como hemos dicho. Cuando se restauró este cuadrante en tiempo de Enrique III se pusieron en él las armas de la Francia unidas con las de la Polonia. Hé aquí la descripción que da *Rabel* (fól. 118), descripción cuya exactitud confirma la restauración presente.

« El año de 1385 á fines del mes de noviembre se concluyó la obra del cuadrante (del Palacio), el cual con sus ornatos se estima en el mejor de toda la Francia. El director de esta obra fué German Pilon, maestro estatuero y uno de los primeros en su arte, hombre que ha llevado á cabo obras perfectas en nuestra ciudad de Paris y otros lugares de Francia, por cuya razón será eterna su memoria.

» En lo alto del cuadrante hay primeramente el retrato de una paloma que significa el Espíritu Santo; está sobre una corona de laurel y en medio de otras dos coronas que son los escudos de Francia y de Polonia; todo rodeado con un collar de la orden del Espíritu Santo creada é instituida por el rey Enrique hoy reinante. Debajo está escrito:



» Qui dedit ante duas, triplicem dabit ille coronam.

» Y en uno de los ángulos del cuadrante está representada *Piedad* con un libro abierto en el que hay escrito:

» Sacra Dei celerare pius  
» Regale time jus.

» Y en el otro lado *Justicia* con una balanza (*Corrozet* llama á estas dos figuras *Fuerza* y *Justicia*). Abajo del dicho cuadrante dice:

» Machina que bis sex tam juste dividit horas,  
» Justitiam servare monet legesque tueri.

» Estas inscripciones son de Juan *Passerat*, real profesor de elocuencia.»

En tiempo de Luis XIV (1685), á los cien años de la conclusión de este cuadrante, sus adornos sufrieron notables modificaciones. A esa época hay que atribuir las añadidas de los ornatos que sobresalen pintados en oro sobre las molduras de la arquitectura; fácil es reconocer que no están de acuerdo con la exquisita delicadeza de las demás esculturas.

Por último, después de la reconstrucción del campanario de la torre que se ve en nuestro dibujo, en 1846, la administración municipal bien inspirada no quiso dejar perecer ese gracioso monumento histórico. Los señores Duc y Dommev, guiados por las descripciones de los autores antiguos respetaron los vestigios de color y de dorado que aun pudieron hallarse. El descubrimiento inesperado de varios fragmentos pertenecientes á las figurillas de barro cocido de German Pilon sirvieron de mucho á los dos arquitectos, que lograron rehacer con talento y con suerte, el antiguo cuadrante del reloj tal como hoy le vemos.

La altura total de este reloj es de 7 metros 60 cent., y su anchura es de 5 metros 60 cent.

G. F.

